

Imma Monsó
Hermanas

Ilustraciones de Ignasi Font



Imma Monsó (Lleida, 1959) escribió su primera novela en el año 1996, *Nunca se sabe*, obra que rápidamente la situó entre las mejores escritoras de su generación, hecho que se confirmaría con sus publicaciones posteriores. En 2012 ganó el premio Ramon Llull por *La dona veloç*, traducida al español como *La mujer veloz*, y en 2008, el premio internacional de literatura Scrivere per Amore, por *Un hombre de palabra*. En 2013 recibió el Premi Nacional de Cultura a su trayectoria. Su obra ha sido traducida a varias lenguas. Ha colaborado en diversos medios de comunicación. Actualmente colabora en *La Vanguardia*.

Ignasi Font (Barcelona, 1983) descubrió su pasión por el dibujo cuando era pequeño. En la actualidad es ilustrador y diseñador gráfico polifacético. Su obra ha sido reconocida con premios como el Junceda (2019) y el Laus (2013, 2018), además de varias nominaciones a los premios Laus, Cannes o El Sol.

A finales de noviembre, Rita se reprocha, año tras año, haber aceptado organizar la cena familiar de Nochebuena. Mientras la mayoría de la gente se marca propósitos ambiciosos para el año nuevo, con objetivos destinados a cambiarles la vida, ella tiene que conformarse con ese intento de negativa siempre postergado. Pero fracasa cada vez, y lo que empezó hace tiempo como una excepción se ha convertido en costumbre, y la costumbre, en tradición inamovible.

La casa del Valle, último reducto donde se reúne la familia, capitaneada por el omnipresente Cuñado, su Hermana, los niños y Palmira, que durante muchos años trabajó con la familia, será testigo del último intento de Rita de suprimir la celebración para siempre. La situación dará un giro inesperado cuando el Cuñado anuncia su sorprendente propósito para el año que viene.

Hermanas

Imma Monsó
Hermanas



CAPÍTULO 1

A finales de noviembre empezaban las noches insomnes. Largas horas de infierno destinadas a comprender por qué lo había hecho, por qué no se desdecía con una simple llamada cuando estaba aún a tiempo, por qué había caído en la trampa una vez más. Por qué, en definitiva, había aceptado encargarse, por vigésimo año consecutivo, de la Cena de Nochebuena. A mediados de diciembre, no pudiendo ya soportar tanta vigilia demoledora, comenzaba el insomnio constructivo: largas horas laboriosas destinadas a diseñar un proyecto sólido, detallado y creíble para explicar la huida inminente y definitiva de la cita familiar en el Valle. Hacia el día veinte, pongamos alrededor del solsticio de invierno, el proyecto de liberación ya estaba listo.

La huida no era tan inminente, en realidad: el proyecto de liberación era para la Navidad del año siguiente, nunca para la del año en curso. Para el año en curso llegaba tarde, siempre llegaba tarde. «No tengo escapatoria», se decía no bien acababa de aceptar. Cómo podía tenerla si cuando la Hermana llamaba para decir qué-hacemos-en-Navidad, Rita ya sabía que otra vez llegaba tarde, que la pregunta era retórica y que iba a dar la respuesta prefijada por la inercia y por el peso de los afectos, que movilizan grandes cantidades de culpas, emociones contradictorias y tareas pendientes, más aún cuando se trata de tradiciones, como en este caso, iniciadas más de cincuenta años atrás, más aún cuando en los últimos veinte años ella se había encargado de organizar, recibir y cocinar, de modo que negarse a aparecer no podía contemplarse sino como un ataque a la estructura profunda de la cohesión familiar.

Cuando la Hermana llamaba a finales de noviembre (siempre la pillaba desprevenida) y pronunciaba la fatídica pregunta («¿Qué hacemos en Navidad?») Rita no veía más opción que responder lo de siempre («Lo de siempre, ¿no?»). Aunque de hecho la pregunta de este año había sido algo distinta («¿Qué hacemos con los papás?») y, por un instante, Rita pensó que todo iba a cambiar. Pero enseguida supo de qué hablaba («Dejemos eso para después de Navidad», dijo). Y a continuación llegó la pregunta habitual de la Hermana: «¿Qué hacemos en Navidad?», y la respuesta de Rita, que fue también la habitual. Una vez colgado el teléfono, se quedó postrada en el sofá, aniquilada por su propia falta de coherencia y por la irracionalidad de su sacrificio. Se vio a sí misma encaminándose hacia aquella nube tóxica que la atraía, a pesar de la oposición de sus fuerzas internas (tan internas que nunca llegaban a emerger), una nube que ganaba en densidad a cada paso que daba, una nube que no perdería su monstruoso volumen hasta haber liberado toda la carga de esclavitudes corrosivamente toleradas: kilómetros de carretera hasta el Valle, llegada a la casa vacía, donde había que digerir cada pared helada, cada rincón, cada objeto, recuerdos aún demasiado recientes, cicatrices fibrosas que se enquistaban, colas en las tiendas para comprar estrictamente los mismos ingredientes locales de cada año (porque el plato estrella, la escudella, no podía sufrir el más mínimo experimento innovador), poner mesa para doce y nunca encontrar doce vasos iguales (sin darse cuenta de que ya llevaban tiempo siendo

menos y que este año serían solo seis y, aun así, tampoco conseguiría encontrar seis vasos iguales a pesar de que los compraba por docenas), enfrentarse a regalos incomprensibles (por suerte suprimidos este año gracias al Cuñado). En unos segundos desfilaron ante ella sucesivas escenas, el Cuñado depositando sobre la mesa (con un golpe seco) la fila de suplementos que tomaba a diario antes de cenar con el fin de vivir en óptima forma física hasta los cien años o más, el Cuñado comentando la última novedad que acababa de descubrir para envejecer mucho y bien, el año anterior había sido la plasmaféresis para el control del alzhéimer («Nunca diríais cuánto han subido las acciones del laboratorio, hay que prepararse para cambiar de plasma una vez al mes»), el Cuñado negándose a comer panceta pero pidiendo más pasta y estropeando así la sagrada proporción de un plato de receta milenaria, el Cuñado tratando de convencer a Rita para criogenizarse con él (porque no quería criogenizarse solo y ya había convencido a la mujer y a los hijos, pero quería convencer también a Rita porque, decía, para qué criogenizarme si he de resucitar en un mundo en el que nadie *me* conoce). Y la Hermana replicando «Deja de mirar fijamente a Rita, ¡si no quiere congelarse sus razones tendrá!», y Rita negándose de nuevo a la propuesta, porque a ella lo que le preocupaba no era que al resucitar no la conocieran, sino que ella no conociera a nadie, pero lo que de verdad la aterrorizaba era que el único conocido en aquel hipotético futuro fuera el Cuñado. Y luego, la Hermana. Su hermana apagándose en cuanto llegaba; la hermana pequeña que siempre había sido la promotora entusiasta de la cita, la que acogía la proximidad de la Navidad con una ilusión inequívoca, casi pueril, caía, sin embargo, en una melancolía de plomo cuando llegaba el momento de la verdad. Y luego, el Pequeño. El Pequeño, que apenas comía, solo media docena de cucharadas sin apartar los ojos del móvil, desganado. Y el Nene, también de naturaleza inapetente, pero no por culpa del móvil sino de un tormento interior indescifrable, un tormento nacido en la adolescencia y que, ahora, a sus veintitrés años, no dejaba de crecer. El Nene discutiendo acaloradamente con su padre por cualquier nimiedad, y la pelea creciendo hacia el final de la cena hasta niveles nunca vistos antes en la familia. El Nene dejando caer la tapa del piano con un golpe seco porque alguien le había pedido un villancico o una canción de moda o una canción de los ochenta, de los sesenta o incluso de los cincuenta, demasiado melódica para su gusto. El Nene subiendo las escaleras para acostarse, malhumorado, mientras la Hermana exclamaba «¡Madura, Nene, madura!», la queja de Palmira («¿Por qué nunca nos toca lo que le pedimos?») y Rita refugiándose en la cocina para lavar las ollas y las fuentes pringosas antes de que una plenitud estomacal solo apta para organismos jóvenes la asaltara, y luego, al día siguiente o al otro, ofuscada por una resaca persistente, deshaciendo los kilómetros recorridos dos días antes. No. No podía creer que lo hubiera dicho. Pero lo había dicho. «Lo de siempre, ¿no?». «Perfecto, pues te encargas tú», dijo la Hermana.



Dicho esto y por extraño que parezca, Rita llegaba pletórica a la Nochebuena, precisamente gracias al proyecto de liberación de la Cena, siempre dispuesta a anunciarlo al final mediante un discurso previamente preparado: llevaba un esquema algorítmico en el bolso, como cuando hacía diagnósticos, un esquema que contemplaba la respuesta idónea a cada objeción o a cada intento de soborno o de chantaje emocional de los comensales. Era importante anunciar su ausencia un año antes, para que la familia pudiera hacer planes de futuras Navidades sin ella. Tampoco descartaba que, por ejemplo, su negativa a seguir pudiera ser una inspiración para los demás (pasa a menudo que hay cosas que nadie dice porque todos esperan que las diga otro). Los motivos de la felicidad de Rita cuando llegaba el día señalado eran sólidos y eran tres: el primero, la convicción de que un año más tarde no habría celebración alguna y, como consecuencia, a finales de noviembre desaparecerían las noches insomnes destinadas a

arrepentirse de haber aceptado. El segundo, disfrutar de la imagen futura de la Nochebuena siempre soñada y nunca materializada: sola, en pijama, junto al radiador, hablando con los muertos (en las oscuras tardes navideñas se acercaban, ansiosos de caricias y conversación), con una bolsa de patatas fritas y un sobre de bacalao ahumado, leyendo cuentos de terror de Lovecraft o de Poe como cuando tenía veinte años. El tercer motivo de plenitud era la certidumbre de disfrutar de la última Nochebuena en el Valle, y a Rita le gustaban las cosas que se hacían por última vez. Las últimas veces no eran comparables en sabor a las precedentes, tal vez pudieran compararse con las primeras (pero las primeras eran inalcanzables, a cierta edad las primeras veces escasean, hay que conformarse con las últimas), y siempre pensaba que si algún día después de muerta resucitaba (dios no lo quiera) y la dejaban elegir, se pediría una vida breve donde solo existieran primeras y últimas veces para ahorrarse todo lo que en medio estorba.

Señalaremos que Rita, a diferencia del Cuñado que siempre lograba comunicar su sagrado propósito para el año siguiente, jamás había logrado ni tan siquiera sacar del bolso el papelillo con el algoritmo. Por un motivo u otro, su proyecto de anuncio fracasaba mientras que el Cuñado conseguía siempre comunicar a bombo y platillo su propósito. ¿Por qué el propósito de él despegaba y el proyecto de ella se estrellaba? ¿Por qué el Proyecto no y el Propósito sí? Posiblemente el motivo fuera siempre el mismo: a la segunda copa, ella se preparaba para el anuncio que pensaba soltar a la hora del postre y, a la cuarta, el puto espíritu navideño se le había clavado en el pecho provocándole una sensación tan exultante que la impulsaba, vibrante de felicidad, a cantar villancicos que detestaba y a repetir, contra su costumbre, almibaradas frases incluso a personas que nunca respondían, como por ejemplo el Pequeño (que no apartaba la mirada de la pantalla más que para saludar ni tampoco prescindía de los auriculares salvo para oír algo que él considerase excepcional). O como el Nene, que no apartaba los ojos del piano más que para dirigir una mirada condescendiente a los adultos. O como el Cuñado, que en general solo respondía a sus propias preguntas. Los tres juntos constituirían, este año, el cincuenta por ciento de los comensales.

No siempre había experimentado esta clase de inquietud. Las noches insomnes de noviembre dieron comienzo hacia los treinta años y, progresivamente, habían aumentado hasta los cincuenta, pero este año se habían agudizado, acababa de cumplir cincuenta y nueve y sus padres habían muerto a principios de año con dos meses de diferencia. Era probable que este hecho guardara relación con su estado. La Cena de Nochebuena en el Valle se celebraba desde que era una niña. Tenía cinco años cuando su padre compró la casa, por entonces una cabaña de piedra en ruinas en la ribera del Aiguamòg. Así que no recordaba cenas navideñas que no fueran allí. Al principio no eran solo cenas, eran misas de gallo, comidas de San Esteban, largas estancias navideñas destinadas a permanecer imborrables, destinadas a fabricar recuerdos a prueba incluso de la más despiadada demencia senil. Quedaba en la memoria esa felicidad exultante, aunque a menudo se recordaba a sí misma presa de una melancolía rara en ella, limpiando con la palma de la mano el vaho de los cristales para divisar mejor los copos de nieve que siempre deseaba que fueran más abundantes y decididos, que provocaran por ejemplo una tormenta feroz que le impidiera para siempre regresar a la normalidad. Se recordaba a sí misma ayudando a su padre a cargar con el tronco del Tió, en secreto para que su hermana, cuatro años menor, no pudiera ver

lo que se traían entre manos. Se recordaba junto a ella, cortando acebo bajo la luz pálida de invierno, las botas crujendo sobre la tierra helada en sus paseos por la orilla del río, ambas deseando siempre que nevara más y más, que cortaran la carretera para poder permanecer para siempre aislados en un confinamiento familiar que a partir de la adolescencia dejó de resultarle atractivo.

Antes de la adolescencia, Rita esperaba el viaje de Nochebuena con ansiedad; también entonces pasaba muchas noches despierta, siempre fue una niña insomne y siempre sus insomnios comenzaban en noviembre. Pero eran noches henchidas de expectativas excitantes, en unos años sesenta esperanzados, en una familia orgullosa de combinar tradición y modernidad, el tronco con los pequeños regalos por un lado y el abeto iluminado por otro, *El dimoni escuat* mezclado con las canciones navideñas interpretadas por Dean Martin y Frank Sinatra. La magia duraba hasta bien entrada la Navidad y declinaba bruscamente al día siguiente de Reyes, pero el punto álgido de aquella felicidad era la Nochebuena, porque ese era el día de la llegada. En aquel tiempo, el viaje era un ascenso al paraíso, a pesar de la incomodidad de un asfalto en mal estado, a pesar de las curvas, los mareos y los baches. A medida que se divisaban las primeras coníferas y las primeras cumbres nevadas en el horizonte, creía introducirse en un sueño que no merecía, de por qué siempre pensaba que no merecía materializar los sueños no tiene ni idea, no se acuerda. No recuerda tampoco cómo se asentó en su espíritu la contrafigura de aquella espera ilusionada. Ni cómo aquella excitación se transformó en ansiedad y aversión a la repetición. La edad, sí, pero ¿cuál?

Tal vez a los dieciséis años, cuando salía con un chico que la invitaba a cenar a su casa, lo que entraba en conflicto con su deseo de pasar la Navidad en el Valle (no recuerda si con el chico o sin él). Tal vez a los veinte, cuando se perdía la timba con sus compañeros de la facultad porque ellos se quedaban en Barcelona y pasaban la tarde de San Esteban jugando al póquer hasta la madrugada. Tal vez a los veinticinco, cuando los colegas del hospital celebraban la Nochebuena en un restaurante chino donde se emborrachaban con maotai y eso le parecía a ella mucho más interesante que reproducir la vieja tradición del Valle. O quizá a los treinta, cuando vivía una apasionada historia con un hombre que viajaba a su país de origen en Navidad y ella nunca quería acompañarlo porque, pese a su deseo de conocer La Habana, prefería viajar al Valle de mala gana. O tal vez a los cuarenta y cinco, cuando su padre comenzó a envejecer y a perder el brillo que lo caracterizaba. O quizá a los cincuenta y dos, cuando empezó a notar que su madre perdía facultades y pasar la Navidad en el Valle era un suplicio, pero no hacerlo era una traición. O bien pudiera ser a los cincuenta y cinco, cuando el Cuñado comenzó a ocupar el silencio que el padre había dejado y a monopolizar el discurso familiar como si se preparase para suceder al cabeza de familia, algo que después de todo podía ser bastante útil, ya que ningún otro miembro de la familia parecía tener el menor interés en liderar nada.

A lo largo de estas sucesivas etapas, Rita se limitaba a desear que la Cena de Nochebuena se disolviera por sí sola, cosa que solo podía ocurrir si faltaban los padres o si faltaba la casa. Así pues, durante las largas noches de noviembre soñaba despierta que la casa era devorada por un incendio, devastada por un terremoto, arrasada por un alud. Soñaba que algún día sus padres morirían, liberándola definitivamente del sagrado deber navideño (tal vez bastaba con que

muriera uno). Pero siempre acababa por darse cuenta de que, de todas formas, quedaría su hermana. Entonces, pensaba en cuan afortunados son los que no tienen hermanos, especialmente hermanos pequeños, que en teoría tardan más en desaparecer que los mayores. Sin hermanos, cuando los padres faltan (ley de vida), la Navidad pasa a ser propiedad privada. Temía que, cuando los padres murieran, la Hermana quisiera continuar. Y así era. Ellos habían muerto a principios de año. Pero la ansiedad antinavideña había continuado e incluso había empeorado a raíz de su desaparición.

La vida es extraña: la inquietud que soñaba combatir con la supresión de los seres queridos ahora empeoraba precisamente porque ellos no estaban, es bien cierto que la mano que inflige la herida es la mano que la cura. Y al revés. La Hermana, siempre entusiasta ante cualquier idea que consistiera en moverse de un sitio a otro, parecía más deseosa que nunca de acudir a la cita, plenamente dispuesta a perpetuar la celebración. Pero ahora, por fin, ya no tenía de qué preocuparse. Este año, Rita tenía un proyecto que acabaría para siempre con el compromiso navideño. Si fracasaba una vez más, siempre quedaba el suicidio, una opción que podía aliviar las largas noches de noviembre mejor que ninguna otra. La gente se suicida mucho en las proximidades de la Navidad y ella estaba convencida de que la soledad no es la causa o, en todo caso, no la causa profunda. Pero no iba a fracasar. Lo tenía todo bien atado. Tanto, que hasta tenía fecha y hora para firmar.

CAPÍTULO 2

«Dentro de poco no nos quedará nadie», dijo la Hermana. Sucedió cada año, que mientras Rita llegaba al Valle plétórica de ánimos gracias al convencimiento de que se trataba de la última cena, la alegre hermana cruzaba el umbral de la casa en un estado de completa desolación. Habían llegado juntas la tarde anterior. Habían parado en el pueblo para comprar y cenar y, ya en la casa, habían conversado hasta la madrugada. Era una tradición de los años más recientes, desde que su madre ya no compraba ni preparaba la comida: llegar la tarde anterior, comprar en la carnicería de siempre, cenar con unos amigos en el bar de la plaza, conducir hasta la casa, levantarse tarde al día siguiente, desayunar a la hora del almuerzo y salir al porche a tomar un café y a fumar un cigarro. Rita había dormido mal, no solo porque no estaba acostumbrada a acostarse tan tarde, sino porque sentía cierto malestar por no haberle confesado el Proyecto a su hermana. Iba a vender la casa. Y eso afectaría a las próximas Navidades del resto de la familia, no solo a la celebración de la Cena de Nochebuena, sino también a los días de verano que solían pasar allí. Había hablado con una inmobiliaria local y se quedaría dos días más para firmar en el pueblo el contrato de mediación. Tras la muerte de sus padres (el padre en febrero, la madre en abril), Rita había heredado la casa del Valle y, su hermana, el piso de Barcelona. Ignoraba los motivos de la adjudicación. Sospechaba que su padre conocía bien la relación de amor-odio que la unía a la casa, tal vez pensó que sería una buena manera de inclinarla hacia un lado u otro. O quizá era porque Rita se había comprado un piso en la ciudad mientras que el piso de su hermana era propiedad del marido, y el suegro siempre había recelado de la imprevisible personalidad del yerno. O a saber.

«Deberíamos poner el caldo al fuego», dijo Rita. Pero la Hermana continuó sentada en el porche. Estiró la manta para envolverse mejor y repitió: «Dentro de poco no nos quedará nadie». Desayunaban lentamente, con pereza. En la lejanía, una neblina baja cubría el paisaje helado. Solo el aullido de un perro quebraba el silencio durmiente, de modo que parecían estar en el inicio de la mañana aunque en realidad era hora de almorzar porque se habían levantado muy tarde. «Tienes a tu marido. Y a tus hijos», dijo Rita. «No es lo mismo», dijo la Hermana. Dijo que la pareja no forma parte de la íntima y ancestral esencia (utilizó justo esas palabras, «íntima», «ancestral», «esencia»), y que los hijos son el futuro. Y el futuro no acompaña sino que es una quien ha de acompañarlo hasta donde puede o le dejan y, luego, dejarlo ir. Todo ello bastante trabajoso, por cierto. Añadió que cuando pasamos de los cincuenta (la Hermana tenía cincuenta y cinco), el pasado es muy denso y el futuro muy delgado. «Muy muy fino», añadió, con un gesto como si tirase de un hilo a punto de partirse en dos. «Peor aún, *ya no es incierto*. Es jodido que el futuro sea incierto, pero por fin he comprendido que es mucho peor que no lo sea... Es mucho peor tener delante una certeza tan gorda», dijo. Por un momento, Rita temió que le hubieran diagnosticado una enfermedad fatal, y como un relámpago cruzó por su mente la

imagen del Cuñado: «¿Qué hacemos en Navidad? Lo de siempre, ¿no? Ya no nos queda nadie...» y se vio a sí misma cenando en la casa a solas con él, *absolutamente devastada por la ausencia de la Hermana* y sentimentalmente obligada a acompañar al Cuñado y al sobrino pequeño y semivirtual (porque el mayor se desharía pronto de los chantajes emocionales a que ella había cedido siempre).

—¿De qué certeza hablas? —preguntó con prudencia.

Con un gesto que denotaba irritación, la Hermana señaló un punto en dirección al oeste, un punto inequívoco que solo podía ser el cementerio de Garòs, lugar en el que tenían pensado depositar a sus padres cuando dejaran de transitar por las carreteras y accedieran al merecido reposo.



—¿De qué certeza hablas? —insistió Rita, aunque conocía la respuesta.

—La certeza de hacerse viejo para acabar allá. —Y de nuevo la Hermana señaló hacia el oeste.

—No es un mal futuro —dijo Rita (era ella quien siempre había reivindicado el pequeño cementerio como punto de encuentro final para la familia)—. ¡En absoluto es un mal futuro! —insistió. La Hermana levantó las cejas: «Tú porque eres *así*».

A punto estuvo Rita de confesarle su intención de vender la casa, pero temió que hacerlo la impulsara a reconsiderar la decisión. Anunciarla como un hecho consumado era la única manera de salir airoso de la situación. Rita apuró la taza de café sentada en el alféizar de la ventana. Sintió frío. La Hermana preguntó si darían un paseo (solían caminar carretera arriba para poder tocar nieve abundante). Siempre sedienta de copos, la entristecía que las Navidades fueran cada vez más secas, ya ni recordaba la de veces que, en el pasado, todos se veían obligados a poner cadenas para llegar. «Se nos ha hecho tarde», dijo Rita, dirigiéndose a la puerta de casa. «Espera un poco», dijo la Hermana. Se levantó, dio unos pasos hacia delante y contempló el panorama más allá del jardín. «¿Entramos?», dijo Rita. No respondió. La Hermana tenía un día siniestro y andaba como encogida. Ella, que era la poesía (leve y luminosa). La comedia. La frivolidad y la ilusión (la de los ilusionados, aunque también la de los ilusos). La veía de espaldas y los hombros le parecieron descolgados y marchitos como lechugas al sol. Le pareció que lloraba. Entró para coger otra manta del sofá y se la puso encima. Ahora la veía de perfil. La mirada ardiente, húmeda, joven. La piel tersa, pálida y sedosa. «Último desayuno en el jardín», pensó Rita, llena de pasados desayunos y atravesada por el gran vacío de los desayunos futuros que no tendrían lugar. Pensó de pronto que su hermana había envejecido solo por detrás (¿apuñalada a traición?) y, en cambio, mantenía la parte delantera, habitualmente más frágil, impecable como un mascarón de proa recién estrenado. Quiso pasarle las yemas de los dedos por la frente, una caricia de hermana mayor que consuela, como cuando eran pequeñas en esa misma casa, en esas vacaciones en que había tiempo para todo porque en Barcelona nunca había tiempo para nada. Pero le dio pereza quitarse el guante y volver a ponérselo porque era trabajoso ir pasando la lana por cada uno de los dedos. La edad, claro está. Se preguntaba por qué la Hermana parecía tan siniestra cuando no estaba de humor, tan incapaz de distanciarse de los negros presagios. Especuló que quizá quienes poseen un ánimo jovial y optimista que, de pronto, este se estropea, se oscurecen más fácilmente que aquellos que siempre han sabido que no hay motivos para el optimismo, «quienes lo sabemos desde siempre nunca dejamos que la decepción nos amargue», pensó, «disponer de una óptica de largo alcance es una gran ventaja», pensó, «porque más allá del horizonte lo que hay es desaparición, destrucción y horror», pensó, «de modo que ninguna escena tenebrosa puede sorprendernos, ninguna pérdida nos pilla desprevenidos, jamás nos ocurre nada más horrible de lo que ya hemos imaginado previamente, ninguna sorpresa atroz puede restarnos fuerza», pensó. Satisfecha de ser como era. O resignada. Hasta donde podía recordar, siempre había sido una persona propensa a abrir los ojos a quienes ella denominaba «ilusos» y, más tarde, cuanto más vieja se hacía, seguía siendo una persona horrorizada propensa a consolar a los desencantados.

—Entiendo lo que dices de tu marido y tus hijos. Pero nos queda Palmira.

—Tiene noventa y nueve —dijo la Hermana—. Muy pronto, ya no nos quedará nadie.

—Están... los demás... Los amigos, por ejemplo. Los amigos son algo... algo fabuloso.

La Hermana negó con la cabeza.

—¿Tú no lo crees así? —dijo Rita.

—Cuando murió el último amigo de papá entendí que hay amigos y amigos.

—Bueno, claro.

—Esa frase... ¿cómo era? Me la anoté y la he perdido. La dijo papá en una cena de Nochebuena, en esta casa. La dijo en francés. En *su francés*. —Sonrió. De pronto, la frase le vino a la memoria—. *Parce que c'était lui, parce que c'était moi*, esa era la frase, sí. Y citó al autor, porque papá siempre citaba las fuentes como si le diera mucho miedo robar palabras ajenas. Pero ahora no me acuerdo.

—Montaigne —exclamó Rita, contenta también de recordar—. Cuando murió La Boétie, le preguntaron a Montaigne «¿Por qué fuisteis tan amigos?», y se conoce que él respondió o escribió eso en algún lugar «Porque era él, porque era yo». Parece una frase de pacotilla pero es mucho, ¿eh?

—Sí, es mucho —dijo la Hermana—. De hecho, esa es la única clase de amigos que merece la pena tener. Y, ¿sabes?, yo nunca he tenido *esa clase* de amigos.

Rita guardó silencio.

—Tú sí tienes esa clase de amigos. Interlocutores válidos con quienes hablar durante horas. Amigas insustituibles. Amigos que son como amores, ya sabes lo que quiero decir. Tú tienes esa clase de amigos. Buenos amigos. —Lo dijo con el desamparo de una niña huérfana.

—Pero tú tienes muchos amigos. Siempre los tuviste —dijo Rita, desesperada por reconfortar a su hermana.

—Tengo amigos perfectamente sustituibles, cualquiera de ellos podría ser cualquier otro... Nos queremos mucho, sí, pero nos vemos para ir al cine, para salir, para charlar de la actualidad, de banalidades o del trabajo... No tengo ese tipo de amigos que son como una familia, que comparten un vocabulario, una lengua común que nadie más entiende... No, la frase de Montaigne no se aplica a mi caso.

—Tal vez no quieres tener ese tipo de amigos, en realidad.

—Es posible. Tal vez no quiera tenerlos. Quizá no quiero profundizar tanto, ya sabes, soy la hermana superficial.

—No lo digas así: quizá sencillamente nunca has tolerado cierto grado de intensidad. —La diferencia de intensidad era posiblemente lo que marcaba entre ellas una frontera más clara. En todos y cada uno de los momentos, también cuando se lanzaban de jóvenes, en el breve período en que esquiaron, desde el punto más alto de una pista difícil, la Hermana lo hacía con reserva y serenidad y se deslizaba suave por la pendiente, esquiando meticulosamente, si eso es posible. Rita, en cambio, se lanzaba con un ímpetu desmesurado y con el arrojo de quien quiere llegar cuanto antes al fondo del infierno para resurgir más tarde, renovada y dispuesta a mirar de nuevo al abismo. De repente, Rita se cansó de la conversación. De nuevo, la edad.

—Mira, tienes buenos amigos. Y por algo los escogiste. Consérvalos. Son importantes. A medida que envejecemos, lo son más aún. Piénsalo.

—Importantes... No te digo que no. Pero, a veces, fallan.

—¿Por qué lo dices? ¿Te fallan a ti?

—Mira lo de Inés. Y luego, Carlos. Me dejaron tirada.

—¡No pudieron evitar morirse!

—Pues no sé. Quizá podrían haberse muerto de otra forma. Pero da igual. En realidad, ahora más bien pensaba en la familia. En el gran vacío. En que pronto no nos quedará nadie. Nadie que comparta nuestras risas negras, nuestra música, nuestras filias y nuestras fobias... Espero que a Palmira no le dé pereza venir —suspiró.

—No creo.

La Hermana se llevó la taza a los labios pero por culpa de los gruesos guantes se le resbaló de los dedos y cayó sobre la hierba escarchada. No se rompió. Tampoco la recogió.

—Hace frío —dijo—. Hace frío y parece que va a nevar...

—No nevará. Hará sol. Buen tiempo. Lo oí ayer. Hace años que no nieva el día de Navidad —dijo Rita.

—¿Por qué has de ser siempre tan racionalista? Me exaspera tu... tu racionalismo materialista.

—A mí, en cambio, me gusta tu irracionalismo inmaterialista. Pero el hecho es que no hay ninguna perturbación a la vista, mira el radar en el móvil; puedes ver cómo avanzan las perturbaciones a tiempo real —insistió Rita.

—Es asombroso cómo confías en las evidencias... ¡Una confianza ciega!

—De acuerdo. Como quieras —dijo sin acritud—. Quizá nevará, pero en cualquier caso hay que poner el caldo. —Entró en la cocina, abrió el grifo y puso la inmensa olla bajo el chorro.

—¡No todo lo que es evidente es real! —gritó la Hermana desde fuera.

Mientras llenaba la marmita, le sobrevino la imagen de la Hermana apuntando con la cabeza hacia el oeste. La visión del cementerio de Garòs la inundó de luz y de placidez una vez más. Rita se había enamorado del lugar hacía tantos años que ni lo recordaba. Desde la primera vez que lo vio, tal vez tendría ocho o nueve años, había anunciado que algún día yacería para siempre en el cementerio de Garòs del mismo modo que la Hermana anunciaba de vez en cuando que algún día se casaría en el Parador de Arties. Y nunca renunció a ese deseo. Y, a medida que envejecía, temía que ocurriera algo, como por ejemplo el hallazgo de un resto arqueológico inesperado, que impulsara al Ayuntamiento a cambiar las ordenanzas, a decidir que no iban a admitir en adelante a nuevos muertos. No pasaba semana sin pensar en su rincón preferido, constantemente le daba vueltas a la necesidad de arreglar papeles y hacerse con una parcela o con un columbario o lo que fuera. O eso o acabar en uno de esos cementerios alejados de las montañas o, peor aún, en algún cementerio inhóspito de Barcelona o del área metropolitana. Presentía que pronto podría hablar con su hermana de esos trámites, además estaba el asunto de las urnas, pero cada vez que Rita decía «Hemos de hablar de eso» o «¡Hay que colocar a los papás de una puta vez!», la Hermana cambiaba de conversación, nunca se podía hablar con ella de ese tipo de cosas porque pensar en la muerte solía darle pereza mientras que a ella lo que le daba pereza era pensar en lo que quedaba de vida. Y no la hacía infeliz esta pereza, al contrario: era una pereza liberadora porque sabía que, por más que tenía que esforzarse lo suyo para vivir, por más que la vida le parecía a menudo demasiado larga, tenía por delante toda una eternidad

para reposar. Puso la olla al fuego y decidió que, ya que salía el tema y que, además, la Hermana estaba de un inusual humor melancólico, era un buen momento para hablar del asunto.

—Coge las llaves de mi coche: las entramos ahora —le dijo. Y salió afuera. La Hermana la siguió, obediente. Abrieron el maletero. Las cajas que contenían las urnas tenían aún el precinto de la agencia de transportes que las había enviado.

—¿Sabes quién es quién? —preguntó la Hermana.

—¿Y para qué quieres saberlo? —dijo Rita, y se paró a pensar, apoyando la caja que ella cargaba en el borde de la mesa del comedor.

—¿Dónde? —preguntó la Hermana.

—De momento, cualquier rincón va bien.

—¿La despensa te parece buena idea? —dijo la Hermana—. ¿O lo ves un poco...?

—No, me parece bien. Papá estará contento.

—¿Y luego?

—Luego, ya veremos. Yo me quedo hasta el viernes, preguntaré en el ayuntamiento. No sé si tienen columbarios en Garòs, lo que es seguro es que no tienen nichos, solo fosas. Siempre he querido tener una fosa. Y pienso que en esa misma parcela, ellos estarían a gusto.

Destapó la olla para echar sal. La perspectiva inminente de disponer de una parcela unifamiliar cumpliría la voluntad de los padres (una voluntad nunca expresada más que de una manera vaga y fácilmente reinterpretable) y, a la vez, le solucionaba la papeleta de tener un lugar donde caerse muerta. Un lugar propio donde imaginar un futuro plácido para reposar, sin temor a interrupciones, de la intensidad casi insostenible que había experimentado en vida y, sobre todo, de las pesadillas de tantas noches tratando de descifrar un cielo cargado de presagios.

—Es raro —dijo la Hermana—. No crees en nada que no puedas ver o tocar y, sin embargo, siempre te ha preocupado la vida póstuma.

—¿Eso crees? —De nuevo destapó la olla para valorar el grado de ebullición—. Quizá es solo que necesito tener *previsto* el destino final. Aunque, si he de ser sincera, me importa un rábano adónde vayan a parar mis cenizas. Todo lo que necesito es *prever*. Verme *ahora* en un futuro reposo. Con eso quiero decir que es un problema de presente, no de futuro. —Abrió la puerta de la nevera. La Hermana se observaba los dedos y el dorso de la mano con atención, valorando tal vez el estado de hidratación de la piel. Cuando acabó la inspección, descubrió a Rita plantada ante la nevera y dijo:

—Mejor que no la tengas tanto rato abierta, ¿no?

—¿No lo ves?

—¿El qué? —preguntó la Hermana.

—Ha desaparecido.

—¿El qué? —repitió.

—¿No has tocado nada, verdad?

—Solo he entrado en la cocina para hacer café. No he abierto la nevera desde que anoche dejamos la compra.

—La dejamos aquí, ¿no? —dijo Rita—. Siempre dejamos aquí la pelota. —Rita palpó la rejilla del estante—. Lo recuerdas igual que yo, ¿no es así?

—Perfectamente —dijo la Hermana—. De hecho, cada año la ponemos en el mismo sitio. Al menos desde hace veinte años, si no más.

La pelota, envuelta con el papel blanco y azul de Can Cabau y protegido el envoltorio por una bolsa transparente, había sido depositada en el estante la noche anterior. Las dos hermanas (como si la pelota hubiera podido viajar sola por el territorio del frigorífico) pasaron una y otra vez la mano por la rejilla e inspeccionaron la bandeja superior y la inferior. Palpaban los rincones, incapaces de aceptar que los sentidos pudieran engañarlas, pero dispuestas, en último término, a aceptar que la vista podía engañarlas más fácilmente que el tacto, un sentido menos gastado. Pero la pelota no se dejó ni ver ni tocar.

CAPÍTULO 3

Vaciaron el frigorífico. Revisaron uno a uno los paquetes que habían comprado el día anterior. Repasaron la lista de ingredientes con el ticket en la mano. La carcasa de gallina, la falda de cordero, la panceta, la morcilla, la butifarra blanca, el espinazo, el hueso de rodilla de ternera, el hueso de jamón. Todo estaba ahí. Nada faltaba. Nada salvo la pieza estelar de la cena. La pelota no había migrado a otro envoltorio ni se hallaba visible ni palpable en ningún rincón de la nevera vacía. Inspeccionaron el cajón de las verduras: las zanahorias, la col, el nabo, los puerros y la chirivía que habían comprado la tarde anterior. Superada la primera sorpresa, la Hermana quiso abandonar la búsqueda. Aceptaba con mansedumbre los fenómenos que desafiaban el sentido común. Por el contrario, Rita era incapaz de aceptar una desaparición tan inexplicable. Observó cada estante de la cocina. Echó una ojeada absurda al bol de los garbanzos en remojo. Abrió los armarios de la vajilla, el cajón de los cubiertos, el congelador y el microondas y, por descontado, destapó el cubo de la basura, casi vacío.

—Lo vimos las dos, ¿a que sí? La pusimos aquí y así se quedó. Y ahora no está.

Y cuatro ojos ven más que dos, ¿no?

—Es raro, sí... —se limitaba a murmurar la Hermana.

—¿Y si la memoria nos engaña? Por ejemplo, ¿sería posible que confundiéramos la pelota de ayer con la del año pasado? ¿Cuántos años llevamos colocando la pelota en el mismo estante, la misma pelota con el mismo envoltorio en el mismo sitio? Es lo que tienen las tradiciones, parecen inocuas, incluso beneficiosas para la salud mental, pero en el fondo su rutina está diseñada para provocar el desequilibrio y la hecatombe.

—Exageras. Y no, no nos engaña la memoria. La dejamos justo ahí y ha desaparecido.

—Y después, no volvimos a abrir la nevera, ¿a que no?

—No.

—Tampoco bebimos mucho, ¿no?

—Yo, nada —dijo la Hermana, que siempre pensaba que bebía poco—. Y tú, quizá algo más. Pero ni de coña bebimos como para ponernos a comer carne cruda, si es eso lo que insinúas, y aunque así fuera, habríamos encontrado el envoltorio, ¿no?

—Además, tampoco llegamos muy tarde, ¿no?

—No —dijo la Hermana—. Llegamos antes de la una y estuvimos charlando arriba hasta muy tarde. Pero no volvimos a bajar.

Rita confiaba más en la memoria de su hermana que en la suya, en parte debido al accidente que había sufrido cuando era joven, en parte porque la Hermana tenía una memoria corta pero fiable, mientras que la suya era abundante pero poco precisa.

—¡Échame una mano! —dijo de pronto.

Empujaron la nevera y la separaron de la pared trasera. Rita cogió la escoba. Barrió algunos

insectos. La volvió a colocar.

—Oye —dijo la Hermana—. ¿Y conseguir otra? Ya sé que todo está cerrado, pero tal vez haya algún sitio abierto... ¿Y si probamos en la gasolinera?

—Solo a ti, que ni comes ni dejas comer, se te puede ocurrir comprar una pelota en una gasolinera. Más aún, la idea de sustituir una pelota incomparable como la nuestra por una pelota de gasolinera me ofende, lo digo en serio.

—Lo siento —dijo la Hermana.

—El problema —dijo Rita— es que lo que te preocupa a ti no es lo mismo que lo que me preocupa a mí. A ti te preocupa que el Nene, que no come nada excepto pelota, la eche de menos. A mí me preocupa mucho más el fenómeno en sí: alguien se ha llevado la pelota y nosotras no hemos sido.

De nuevo lanzó una mirada escrutadora a su alrededor. Pero la Hermana, poco perseverante en general, estaba perdiendo interés.

—A veces hay que aceptar las evidencias y no empecinarse con tus excesos de... de racionalismo cartesiano.

—Pero qué dices... ¿Qué dices de racionalismo cartesiano? Esto que nos ocurre desafía la lógica cartesiana, la lógica empírica, y *todas* las lógicas conocidas.

—Ay, Rita... Tanta lógica acabará por consumirte. Siempre has tenido un exceso de confianza en la lógica.

—Y salió de la cocina, mientras Rita, debido a su exceso de confianza en la lógica, inspeccionaba la despensa (por si acaso, por ejemplo, la pelota hubiera decidido acompañar a alguno de los difuntos) y luego se dedicaba a observar las paredes del comedor con la esperanza de verla aparecer pegada al muro o colgada del techo. También se acercó al coche, por si acaso al bajar del vehículo se les había caído sin darse cuenta. Finalmente, regresó al comedor, donde su hermana, envidiablemente serena, se comía un plátano (era demasiado tarde para comer y demasiado pronto para cenar) y leía una revista, arrellanada en el sofá junto al fuego, esperando que Rita se dignara encenderlo. Pero Rita no se rendía. Tras una pausa, regresó de nuevo a la despensa, inspeccionó las repisas. Luego subió al piso de arriba y no cejó hasta haber terminado con su registro. Finalmente, se confesó vencida. El agua hervía con furia y, con suma atención, introdujo los ingredientes uno a uno. Después, bajó el fuego y se sentó a vigilar. La inquietud se disipó ligeramente: observar cómo vibraba la tapadera metálica, oír el sonido del hervor, aspirar el aroma que iba inundando la estancia la serenó y, finalmente, la adormeció. Para evitar caer en un sueño profundo, regresó al salón. La Hermana levantó la cabeza de la lectura:

—Espero que lleguen antes de que anochezca —dijo.

Rita no la escuchó. Tras la ventana, la luz de la tarde comenzaba a agonizar.

—He estado pensando... ¿Pudiera darse el caso de que fueras sonámbula?

—Yo no, ¿y tú? —La Hermana tiró de la manta hacia la barbilla para abrigarse mejor.

—No... Vamos, lo he pensado pero no creo. A estas alturas lo sabría, ¿no?

—Sí... Alguno de tus maridos te lo habría dicho —dijo la Hermana—. De todas formas, déjalo ya. Tenemos comida suficiente... Y no pasa nada porque falte carne... Además, Palmira va a traer el capón relleno de cada año.

—¿Le dijiste que no hacía falta?

—Se lo digo siempre, pero nada. Dice que sin el capón no viene. Y, de todos modos, siempre lo encarga en la cocina del hotel. Me refiero a que, aunque ella no venga, vendrá el capón. En realidad, compramos demasiado —insistió.

—Eso lo dices porque siempre estás a dieta.

—No lo digo por mí. Lo digo porque, al final, nunca nadie toca el postre.

—No hay postre —dijo Rita, que ahora amontonaba bolas de papel de periódico, piñas y ramas para encender el fuego.

—¿Tampoco este año? —dijo la Hermana.

—Tampoco. Suprimirlos fue una buena idea. Tu marido lleva razón con lo de las prohibiciones.

—Querrás decir con sus sugerencias.

—Bueno, llámalas como quieras. Pero siempre acierta, al igual que con sus propósitos —añadió.

Para la Navidad de 2016, el Cuñado decretó «No más postres». Para la Navidad de 2017 sugirió no hablar de política. El verano de 2019 había dicho «Estas Navidades, nada de regalos». Y esta Navidad iba a ser la primera sin regalos. La capacidad de persuasión del Cuñado era devastadora y, sabiendo los demás que nunca se conformaba con vencer y necesitaba imperiosamente convencer, ninguno de ellos gastaba energía en oponerle resistencia. Así, en los cuatro últimos años se habían suprimido los postres, las conversaciones sobre enfermedades, las discusiones sobre política y, este año, los regalos. En general, el Cuñado tenía buenas y exitosas ideas. Al fin y al cabo, los adultos consideraban que los regalos eran más bien un engorro. Y el Pequeño ya tenía doce años. A todos les pareció bien. Cuando desaparecieron los postres, se dieron cuenta de que la cena les sentaba mejor y de que, en realidad, a ninguno de ellos le gustaban los dulces. Una «sugerencia» del Cuñado era siempre bien recibida e interiorizada como prohibición, y «El próximo año, no habrá cena» era la prohibición que Rita había estado soñando durante mucho tiempo. Nunca llegó y ahora ya no importaba. Supersticiosamente, abrió el bolso y acarició el papel con el esquema: el Cuñado era un contrincante temible que, si oponía resistencia, fiscalizaría cada uno de sus argumentos. Se preparó interiormente para una defensa irrefutable de su decisión.

—Veremos qué nos prohíbe este año... —dijo.

—A mí me intriga más su propósito para 2020... —dijo la Hermana—. Últimamente, lo veo raro.

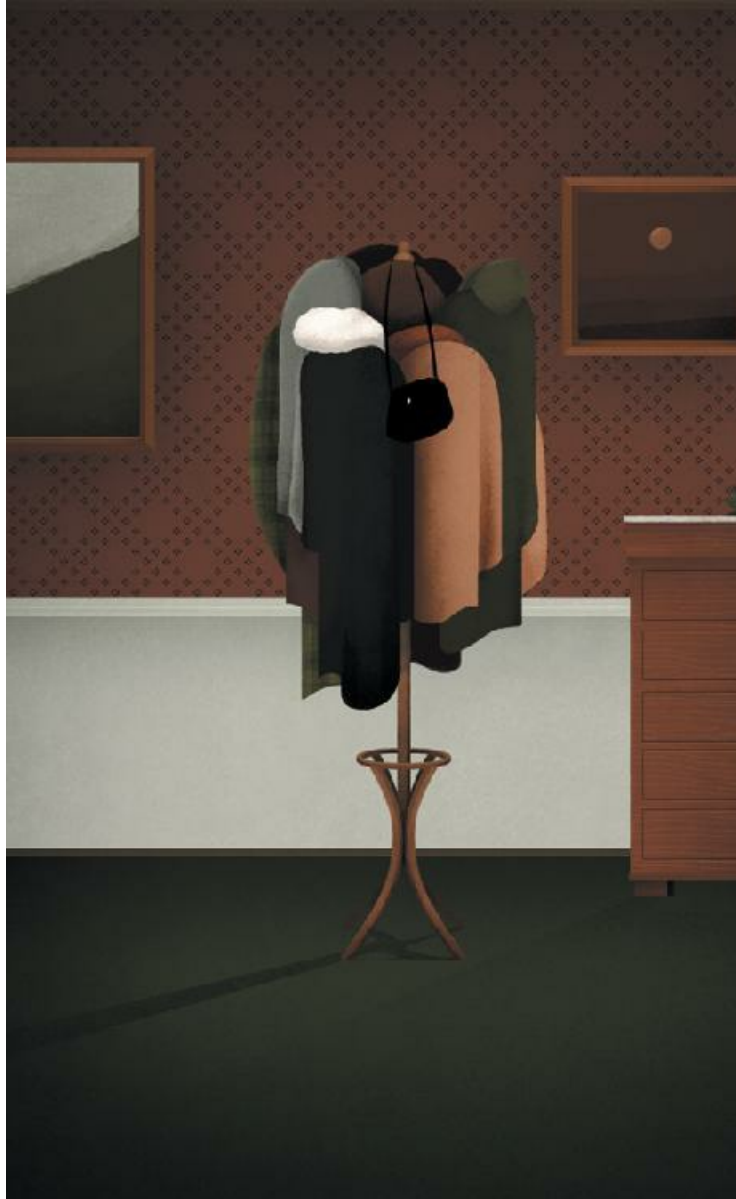
—Raro, ¿en qué sentido?

La Hermana miró a través de la ventana porque había oído el sonido de un motor.

—¡Hablando del rey de Roma por la puerta asoma! —exclamó, con una sonrisa que presagiaba la efusiva bienvenida que el Cuñado solía propiciar.

—Espero que no haya olvidado a Palmira —dijo Rita.

—Él nunca se despista, ya sabes.



Palmira había trabajado para la familia en el pasado, había planchado y fregado la casa y había cuidado a las hermanas cuando eran pequeñas y venían de vacaciones. También vigilaba la casa cuando no estaban. Pero se había hecho mayor. Ahora vivía en el hotel, medio kilómetro más abajo. En él también había trabajado durante años, cuando la carretera era solo una pista y la nieve abundaba. Se jubiló a los setenta y cinco y el hotel le ofreció quedarse a vivir en la habitación que había ocupado como empleada. «Me han dado un trato justo y favorable», dijo, agradecida. «Se han portado bien», comentaba. «Dicen que para ellos soy como de la familia», añadía. Su vida no había consistido en otra cosa que en esto: ser como de la familia. Servir mesas. Hacer camas. Vigilar casas de veraneantes cuando el hotel cerraba. Tener tratos con esas familias, dejarse cuidar o dejarse explotar. Pero «ser como de la familia» era su actividad principal. No se le conocía una vida afectiva ni una vida pasional propia: sus afectos eran los de

las familias a quienes había servido y ayudado. Sus hijos y sus nietos, los de estas mismas familias. No se le conocían amantes, ni antiguos novios, ni amigas del alma, no tenía hijos ni sobrinos. Solo los «veraneantes» y la familia propietaria del hotel contaban para ella. Era consciente de haber tejido con esas personas lazos afectivos que le permitían, como ella contaba, «vivir otras vidas sin tener que vivirlas directamente». El Nene opinaba que esa era un gran idea. «Para esto uno se hace escritor, actor, incluso lector: porque una vida no basta y el trabajo de vivirla impide disfrutarla al máximo, así que hay que vivir las de otros». «Vivir por persona interpuesta... ¡ah, si yo pudiera!», decía el Nene. «¡Debe de ser la hostia!», decía. «¡Qué guay, poder vivir tantas vidas...!», decía. «¡Pues vete a fregar!», resoplaba el Cuñado, levantando la cabeza del periódico. «No entiendes nada, papá», decía el Nene. Rita trataba de entenderlo: «No voy a negarte que vivir así te ahorra un montón de disgustos...». Le parecía también que Palmira había tenido una vida más satisfactoria que la mayor parte de gente que conocía. Respiraba paz y placidez, incluso la piel casi centenaria le resplandecía como si las arrugas hubieran esquivado su rostro para marcar aquellos que habían estado en primera línea de combate. Y, si las miradas no engañan, la suya reflejaba una serenidad infinita. A medida que cumplía años (y últimamente había cumplido muchísimos) emanaba de su mirada una fuerza tranquila, seguramente fruto de la libertad que debe de sentir quien está a punto de abandonar el mundo sin dejar cargas, ni residuos ni herencias, era la viva imagen de la virginidad. Rita y el Nene estaban de acuerdo en este punto: «De lo que no has hecho, nunca puedes arrepentirte», decía el Nene que decía uno de sus maestros. «En cambio, de lo que has hecho te puedes arrepentir hasta la muerte», decía Rita, que había hecho montones de cosas aunque en realidad no se arrepentía de ninguna.

Y ahí estaba Palmira, sin un gramo de peso suplementario en la mirada, el cuerpo algo más castigado y frágil pero increíblemente ligero, entrando ahora por la puerta junto al Pequeño y seguida por el Cuñado y el Nene. Pensó Rita que formaban los cuatro dos curiosas parejas de contrarios: por un lado, el Cuñado y su hijo mayor, ambos de una altura notable, grueso y fuerte el primero, flaco y huesudo el segundo, ambos habitados por una llama imperiosa y vitalista en el Cuñado, latente e indescifrable en el joven. Palmira y el Pequeño, por su parte, parecían compartir la misma naturaleza incorpórea, ella porque rozaba el más allá, él porque vivía con la nariz pegada a su mundo virtual, ambos separados nada menos que por ochenta y siete años de vida.

Minutos más tarde, las hermanas se hallaban contando el Fenómeno a los recién llegados, aliviadas de poder compartirlo y con un cierto interés en que alguien pudiera arrojar luz sobre el misterio. «Cerramos la nevera: estaba ahí. Abrimos la nevera: no estaba», repetían. Pero solo Palmira, con su mirada que era todo oídos, parecía interesada en la historia. Inusualmente silencioso, el Cuñado repiqueteaba con los dedos rítmicamente sobre el brazo de la butaca, poco atento a la vertiente paranormal de la anécdota. El Pequeño se apartó uno de los auriculares para preguntar de qué hablaban. «Han perdido la pelota», dijo el Nene. Volvió a colocarse el auricular en la oreja. El Nene, más sensible a la falta del elemento primordial de la cena que a la perplejidad que mostraban su tía y su madre, expresó cierta contrariedad («¡Hostiaputa, qué lástima!») y subió a su habitación. «¡Perdido!», protestaron las hermanas, estimuladas por una renovada complicidad. «¡Nosotras no hemos *perdido* nada!», exclamó Rita mientras el Nene

desaparecía escaleras arriba. «Exacto», dijo la Hermana. «Nosotras llegamos anoche, entramos las maletas y la compra, abrimos la nevera y lo pusimos todo en el sitio de siempre».

—¿Os importa?... —interrumpió el Cuñado—. ¿Os parece que salgamos a dar una vuelta?

—¿Una vuelta? —exclamó Palmira, como si le hubieran propuesto tirarse a un pozo.

—¿Ahora tienes ganas de dar una vuelta? ¿Precisamente tú? —dijo la Hermana—. A mí desde luego no me apetece, con esa luz invernial, de tarde triste... Aquí estamos mejor.

La propuesta era tan impropia de él que no convenció a nadie. Rita pensó que, como era su costumbre, insistiría, el Cuñado necesitaba la compañía de alguien a quien dar la tabarra, preferiblemente alguien que no pensara como él para poder convencerlo de algo, que es lo que realmente le hacía disfrutar, pero tampoco ella estaba dispuesta a acompañarlo. Sin embargo, para sorpresa de todos, dijo: «Pues pasearé solo». La Hermana lo miró como si no lo conociera. Salir a pasear no le cuadraba, hacerlo solo menos aún.

—¿Pasear con qué fin? —le preguntó.

—Me apetece. —Se levantó, decidido. Miró por la ventana—. Me muero por escuchar el sonido alegre y tintineante del agua del deshielo y contemplar cómo desciende por los márgenes escarchados —dijo.

El Nuevo Cuñado (posiblemente fruto del Propósito para el año siguiente que, sin duda, revelaría una nueva faceta de su inagotable personalidad) se puso la chaqueta, dirigió a Rita un comentario apreciativo sobre el delicioso aroma que desprendía el caldo y se fue.

—¿Qué te he dicho, eh? —dijo la Hermana—. Lo noto raro. Hace cosas poco habituales. Poco habituales en él —puntualizó.

CAPÍTULO 4

Ya era de noche cuando le oyeron regresar. Se sacudió, eufórico, las botas en el felpudo. «Nos has asustado, amor», dijo la Hermana, que también en estas ocasiones usaba el plural aunque Rita no estaba en absoluto asustada. «Es que he tenido que subir un buen trecho hasta encontrar un palmo de nieve». «Ya, pero es que ahora anochece muy pronto», dijo su mujer. «Ah...», prosiguió él, «nunca me había fijado en la belleza de la nieve nocturna... Acabo de descubrir La Belleza». La Hermana llevaba un rato ansiosa. ¿Quién va a servir el caldo? ¿Quién va a trinchar el pollo? Repitió las preguntas un par de veces hasta que Rita dijo: «Yo, no». Tres años antes había dejado claro que no iba a trinchar nunca más. Que era lo único que no estaba dispuesta a hacer y no había más que hablar. Que trincharan los niños o Palmira no era una opción. «Dentro de poco, no nos quedará nadie. ¡Ni para trinchar!», fue el quejido de la Hermana. Ahora andaba animada porque su hombre estaba de vuelta, con las mejillas rosadas y saludables y un intenso brillo en los ojos negros. El frío vivificante le había transformado el rostro. «Ah, ¡qué lugar, qué lugar magnífico!», repetía, visiblemente satisfecho.

Se puso en la mano un puñado de almendras, lo único que quedaba de los platos de aperitivos que Rita había servido un rato antes. Dijo que el paseo le había abierto el apetito y que este año sí habría comido pelota si ellas no la hubieran perdido. Rita dijo: «Si queréis, voy sirviendo» y el Cuñado dijo que sí, que lo que más le gustaba de la Cena de Nochebuena era que siempre acababa siendo una merienda-cena, y que él, si pudiera, siempre cenaría a la hora sueca, pero nunca lo conseguía por culpa de los horarios infernales que se autoimponía. Ahora bien, el propósito que tenía para el 2020 contemplaba la posibilidad de modificar este punto.

Rita puso la sopera sobre la mesa y la Hermana, que iba tras ella, depositó la fuente de carnes y verduras en el centro. Por alguna razón, sin duda inconsciente, había colocado las viandas en la periferia del recipiente, diseñando un paisaje singular presidido por una depresión central cubierta de garbanzos que, como un desierto de piedras entre colinas de coles y zanahorias, butifarras y cordero, evocaba la triste desaparición de la pelota. Una extraña calma les invadió mientras Rita servía el caldo. Ni siquiera el Cuñado alteró el silencio para pedir más pasta. Nadie parecía indiferente a la anómala disposición de las carnes y las verduras. La Hermana suspiró. Se oyó sobre un fondo de crujidos procedentes de la chimenea el alegre tintineo de las cucharas. El Cuñado rompió el hielo.

—Si esto fuera una novela de suspense ahora estaríamos sospechando unos de otros. —
Contra su costumbre, se sirvió un vaso de vino.

—¿Lo dices por mí? —dijo Palmira, que tenía las llaves de la casa.

—Ella no ha sido, no solo porque no puede venir aquí de madrugada, la pobre, sino porque anoche cerramos las contraventanas y echamos bien el cerrojo —dijo la Hermana—. A propósito, Palmira nos ha contado su teoría cuando estabas de paseo. ¿No es cierto, Palmira?

—El Señor sabe lo que hace —dijo Palmira, como si recitara un versículo.

—El Señor... —dijo el Cuñado.

—Sabes perfectamente que se refiere a papá —dijo la Hermana. Palmira llamaba «Señor» al padre de las hermanas, mientras que cuando hablaba de la madre siempre la llamaba «vuestra madre» y cuando los nombraba juntos, en lugar de decir «vuestros padres» decía «vuestra madre y el Señor», algo que dotaba a la pareja difunta de un aura mística que ya formaba parte de la tradición familiar.

—En realidad —prosiguió la Hermana—, yo también he pensado que ha sido papá, pero como Rita es tan *empírica*, me he callado. —Se esforzaba por contener la emoción—. Al principio, cuando supo que estaba enfermo y nos anunció que le quedaban pocos meses dijo: «Pronto voy a marcharme». Y dijo que ya le tocaba. Entonces nos pusimos tristes y él exclamó: «¡Pero volveré!».

Rita recordó que, en efecto, durante aquellos últimos meses tuvieron que aceptar, además de la inminente pérdida del padre, la de una personalidad que amenizaba la vida familiar desde tiempos inmemoriales. También enfermo lograba divertirlos cada vez que se despedía; había adoptado la costumbre de darse la vuelta en el último momento (todo piel y huesos, idéntico a la figura del diablo que Silvia Pinal encarna en la película de Buñuel *Simón del desierto*), y exclamaba: «¡Volveré, greñudas, volveré!». Y desaparecía bruscamente de su vista.

—Debo confesar —dijo Palmira— que, cuando vengo aquí a echar un ojo, siempre le dejo algo en la nevera. Hablo mucho con él, porque sé que está aquí. El Señor siempre decía: «Las vacaciones, ¡o aquí o en ninguna parte!» y, claro, no hay vacaciones más esperadas que las que Dios le ha dado.

—¿Esperadas? —preguntó el Nene.

—¿En serio, Palmira? —dijo Rita—. ¿De verdad le das de comer? —Se sentía profundamente conmovida.

—¡Oh, Palmira, qué gran idea! —dijo la Hermana—. ¿Y desaparece la comida?

—Nunca ha ocurrido, pero lo he deseado tantas, tantas veces... Cuando me voy, abro la nevera y desgraciadamente ahí sigue lo que le he traído, y me lo llevo otra vez. Pero lo vuestro sí se lo ha llevado. Es natural que tenga predilección por vuestras ofrendas. Os dijo que volvería. Y ha vuelto. Ha vuelto a por la pelota.

—¿Por qué el yayo nos haría esta putada? —dijo el Nene.

—Ya sabes que era muy de la guasa... —dijo la Hermana. Suspiró—: Además, Rita, ten en cuenta cuál fue su última frase. Fue precisamente esa, dijo: «¡Volveré, greñudas!», y murió. Qué coincidencia que fuera la última frase, ¿no?

—Siempre hay una última frase, algo hay que decir antes de palmar —dijo Rita.

—Ya, pero precisamente esta frase... —insistió la Hermana.

—Pura casualidad. La realidad es que papá nunca pensó en volver. ¡Pero si era un materialista de tomo y lomo, por favor!

—¿Materialista, el yayo? —dijo el Nene.

—No en el sentido que crees —puntualizó Rita—. Me refiero a que era ateo, muy ateo. En fin, que no creía en la existencia de una energía sin una base material... El cerebro, en fin. Él

estaba convencido de que sin cerebro, nada. Sin cerebro, ¡adiós! Que la muerte física es el fin. Así que queda claro que no tenía intención de volver.

—¡No hables en nombre de los muertos! —dijo la Hermana.

—Hablo en nombre de los vivos: entonces todavía estaba aquí.

—Pues por eso, pudo cambiar de opinión.

El Cuñado parecía pasárselo cada vez mejor. Ahora sonreía y tecleaba con los dedos sobre la mesa pero sin impaciencia, con atención, como un estenotipista que registra palabras para levantar acta de la reunión. La Hermana le puso suavemente la mano sobre los dedos.

—¿Y tú qué piensas, amor? —le preguntó.

—Personalmente prefiero una desaparición a una aparición. Una aparición es mucho más inquietante...

—Pues a mí ver a papá me encantaría —dijo Rita—. Lo que ocurre es que, por desgracia, no creo en apariciones.

—¿Y en la desaparición de la pelota sí crees? —preguntó el Cuñado.

—Me veo *obligada* a creer. Estaba ahí cuando cerramos la puerta de la nevera. Cuando la abrimos esta mañana, ya no estaba. ¿Nos engañan los sentidos? ¿A las dos a la vez? Que la pusimos ahí es un hecho irrefutable. Que hoy ya no está es un hecho irrefutable. Que ninguna de las dos la ha tocado es un hecho irrefutable. No me veo capaz de refutar lo irrefutable. Pero si no tengo más remedio, refutaré lo que haga falta.

—Es una obsesa de la lógica —dijo la Hermana, displicente.

—¿Y tú qué piensas, Palmira? —preguntó el Nene.

—Bueno, yo soy una mujer sencilla —dijo.

—Ellas, no —dijo el Cuñado.

—¡Es cierto! —exclamó Palmira—. Ellas nunca aceptan las cosas como vienen... Especialmente a Rita le cuesta. De pequeña ya era así. Y, sin embargo, es tan fácil... El Señor dijo «volveré» y ha vuelto. Y volverá a hacerlo cuando lo crea oportuno. Yo hablo a diario con él. Cada día —recalcó.

—¡Oh, Palmira! Yo también... —dijo la Hermana—. Yo le hablo, porque sé que me escucha.

—Yo también le hablo —dijo Rita—. Pero *sabiendo* que no me escucha.

—Pues lo tuyo es más extraño que lo nuestro, ¿no? —dijo Palmira.

—Y más preocupante —añadió la Hermana.

—Lo que hay que hacer es llamar el lunes a la carnicería —dijo el Cuñado—. Seguro que os la olvidasteis en el mostrador.

—Es un poco exasperante —dijo la Hermana, sin alzar la voz— que otra vez pongas en duda nuestra capacidad de percepción.

—Algo de este tamaño no desaparece así como así —dijo el Cuñado.

—¿Por qué ha de ser más raro que desaparezca una cosa grande que una pequeña? —preguntó el Nene, con visible ánimo de gresca—. Lo que dices no tiene razón de ser. Por microscópica que sea, una pelota no puede desaparecer así como así. Grande o pequeña, las razones de la desaparición no cambian. ¿Oyes, papá? No es un problema de tamaño. ¿Eh, qué me contestas? —Pero el Cuñado renunció a entrar al trapo.



—Voy a mear —anunció. Y subió los escalones con parsimonia inusual. Cuando estaba en lo alto de la escalera se detuvo, dirigió a las hermanas un dedo acusador y exclamó:

—Eso os pasa por no enterrar a los muertos. ¡Que es que no respetáis nada!

—¿Enterrar? —dijo el Nene mirando a su madre—. ¿No quería criogenizarse?

—Está hablando de los yayos —dijo Rita.

—¿No los incineraron después del funeral?

—Sí, claro, pero al cabo de unos días te envían la urna a casa.

—¿Y dónde están?

—En el maletero —dijo Rita—. *Estaban* en el maletero.

Las hermanas contaron que, la una por la otra, habían ido posponiendo la delicada tarea de depositar las urnas en un lugar definitivo: «Rita tenía claro que había que traerlas a la montaña...

Y, bueno, íbamos a hacerlo un fin de semana, en septiembre, pero no lo hicimos». «Sí», asintió Rita, «pusimos las urnas en mi coche, pero al final no vinimos y, luego tampoco volví a subirlas a casa. Pensé que si se quedaban en el maletero ya estaban en camino... Total, los días han pasado y, como decía mamá, «Después de un día viene otro y cada día tiene su afán».

—Eso —dijo la Hermana.

—Pero hoy los hemos dejado en la despensa —dijo Rita.

—¡Qué idea más ingeniosa! —exclamó Palmira—. Al Señor le habría encantado viajar en el maletero, me contó que estuvo a punto de cruzar la frontera en un maletero después de la guerra... Al final no se decidió, conoció a vuestra madre y se conoce que ella dijo que no, que ni hablar de viajar con estrecheces... En cambio, la despensa es una idea excelente. A los dos les gustaba la despensa...

—Los hemos entrado por el frío, pobres... —prosiguió la Hermana—. Y ahora que caigo, es justo después de entrarlos cuando ha desaparecido la pelota.

—Pura casualidad —dijo Rita—. Ayer no los entramos porque íbamos cargadas y no se nos ocurrió. Y hoy, bueno... Lo hemos hecho porque hace muchísimo frío y no queríamos que pasaran otra noche fuera. En el parking de Barcelona era distinto, allí no hace tanto frío.

—En qué quedamos, ¿pasan frío o no pasan frío? ¿Vuelven o no vuelven? —dijo el Cuñado.

—Es una manera de hablar. ¡Pues claro que no vuelven! —dijo Rita.

—¿Y tú qué sabes? ¿Tú has estado muerta o qué? —Parecía contrariada la Hermana.

—Pues ya que lo dices, sí. Y lo sabes perfectamente. —Se hizo un silencio tras el cual la Hermana se acercó a Rita y la abrazó con afecto.

—Lo siento, Rita —dijo—. Te juro que no me acordaba. Es algo que nunca tengo en la memoria...

—¿Estuviste muerta? —dijo el Pequeño, quitándose por fin los dos auriculares.

El Cuñado intervino:

—Ya lo sabéis, tuvo un accidente cuando era joven.

—Sí, pero yo tampoco sabía que habías estado muerta —dijo el Nene.

—Muerta, no. Clínicamente muerta, en realidad —puntualizó Rita—. No exageremos.

—¿Y cuánto tiempo estuviste en coma? —preguntó el Nene.

—No era un coma, he dicho «muerte clínica». Es cuando el cerebro ha perdido todos los reflejos. Pero de todos modos, la clínica se basa en los síntomas, es decir, en las apariencias, y por tanto los criterios que definen la muerte clínica... —Se detuvo. Nadie escuchaba los detalles prosaicamente científicos del asunto. Palmira dijo:

—¡Llámallo como quieras! Fue un milagro que te despertaras. ¡Eras tan joven!

—Tendría unos veinte años o por ahí... —dijo la Hermana.

—Veintiuno —precisó Palmira.

—¿Y no volviste a esquiar? —preguntó el Pequeño.

—No.

—Bien hecho —dijo Palmira—. El Señor siempre decía: este paraje es una maravilla, lo único que me sobra son las pistas y todos esos cafres que suben y bajan a lo loco... Hay que ser cafre, decía, para subir desde Barcelona a cien por hora y luego pasarse el día bajando a cien por

hora desde lo alto de la montaña. —Palmira se rio a mandíbula batiente. Luego añadió—: Al Señor no le gustaban los cafres.

—Lo que pasa —dijo la Hermana— es que Rita tenía un novio esquiador y las dos nos aficionamos en esa etapa. Estuvimos esquiando unos tres o cuatro años... En fin, hasta que ocurrió aquello tan terrible...

—¿Y cuánto tiempo estuviste muerta? —insistió el Pequeño.

—No lo sé... ¿Cuánto fue, Palmira?

—Ocho minutos —dijo.

El Pequeño pareció defraudado y se colocó de nuevo los auriculares. La Hermana dijo:

—Demos gracias a la exactitud de Palmira... Cuando ya no nos quede nadie ya veremos cómo nos las arreglamos. ¿Quién contará los minutos... y las horas... y los años? ¿Quién sabrá qué edad teníamos en ese momento o en otro? —Suspiró. Y entonces comenzó a relatar el accidente porque, dijo, a Rita no le gustaba nada hablar de ello, de hecho no soportaba el tema—: Tuvo una caída muy aparatosa. Enseguida decidieron enviarla a Toulouse para operarla, aquí los casos graves suelen a ir a Toulouse, y nadie creía que aguantaría las dos horas de camino. Las aguantó, pero en el quirófano entró en parada cardiorrespiratoria y, poco después, el cerebro dejó de funcionar. Tardó ocho minutos en recobrase. Luego pasó un mes ingresada para recuperarse de varias fracturas.

—Un mes y medio —dijo Palmira.

—Pues eso —dijo la Hermana—. Y, cuando salió del hospital, recuerdo que pensé: «Nuestras vidas cambian para siempre a partir de hoy». La mía porque justo aquel día tomé la decisión de estudiar medicina, la suya porque se dio cuenta de que tenía una segunda oportunidad, una segunda vida de propina.

Pero para Rita el impacto más profundo no lo experimentó ese día, nunca pensó al salir que estaba ante una segunda oportunidad y mucho menos ante una propina. Tampoco lo experimentó cuando despertó y se dio cuenta de que, durante los minutos de muerte clínica, había vivido una experiencia tan real y tan incomprensible que se juró mantenerla en secreto. El día que en verdad su ánimo se turbó profundamente fue cuando, seis meses más tarde, en verano, fue a visitar a los médicos que la habían atendido en Toulouse. A aquellas alturas ya había renunciado a su secreto y lo había contado a la Hermana. Solamente a ella. Le contó que había salido del cuerpo, había atravesado las paredes y luego se había detenido a la puerta de un quirófano de urgencias donde una mujer acababa de morir. Escuchó al médico que salió a hablar con la familia, observó sus gestos consternados, oyó las frases de unos y de otros, que nunca se borrarían de su memoria. Asombrada, la Hermana le dijo que lo contara a los médicos que la habían atendido, pero Rita no lo hizo hasta el verano. Y cuando se lo dijo, la relativa indiferencia con que el médico francés encajó el relato la dejó perpleja. «Recogemos ese tipo de información a menudo. Estas experiencias son más frecuentes de lo que la gente piensa», dijo, al ver su rostro demudado. «Pero eso no significa que hayan dejado de impresionarme, especialmente cuando el paciente cuenta con tanto detalle situaciones que no ha podido vivir porque precisamente en ese momento se hallaba en parada cardiorrespiratoria y cerebral, como en tu caso». «Por lo demás, tu experiencia es común a la del resto de personas: la placidez extraordinaria, la luz cegadora,

etcétera». Pero Rita seguía consternada. El médico llamó al neurólogo que había comunicado a la familia la muerte de la paciente del quirófano de urgencias, que estaba justo al lado del de Rita. Confirmó los detalles que ella describía. La vieron tan pálida que la hicieron sentarse de nuevo nada más levantarse, insistiéndole en que no era infrecuente que los pacientes reanimados contaran haber atravesado paredes y haber visto cosas que no habían podido presenciar. «Entendemos que te cueste aceptarlo. Muchas veces los pacientes no quieren contarlo por temor a lo que pensarán los demás». A Rita no le importaba lo que pensasen los demás, pero sí le importaba, por encima de cualquier otra consideración, tener que encajar una experiencia que no podía explicarse ni siquiera a sí misma. Hasta ese momento ella se había convencido de que lo ocurrido era un sueño extraordinariamente realista. A partir de ahora ya no podría pensarlo de ese modo. El neurólogo le comentó de nuevo que llevaban un tiempo recogiendo este tipo de experiencias. «Si no tienes inconveniente, te incluiremos en la base de datos», le dijo. Y sí, claro que tenía inconveniente, pero no era capaz de negarle nada a la ciencia, de modo que aceptó, a regañadientes, figurar en un registro de protagonistas de experiencias paranormales. También le dijo: «Por increíble que parezca, puede que algún día la física cuántica llegue a explicar que hay vida después de la vida, un tipo de energía que no es ni cuerpo ni mente, interesante, ¿verdad?». Pero a ella no le interesaba. «Abre tu razón a nuevos horizontes», le dijo el neurólogo. Ella era joven y la frase, por venir de un neurólogo, le infundió respeto. Quiso replicar que la vida es demasiado corta para ocuparse de fenómenos inexplicables, pero le pareció desconsiderado y contestó lo primero que se le pasó por la cabeza: «La vida es demasiado larga como para querer vivir otra», dijo. Era joven, pero ya tenía la sensación de haber vivido demasiado.

—Y ahora, lo de la pelota... —dijo la Hermana—. ¡Todo tiene que pasarle a ella, la pobre, que es tan racionalista!

—Bueno, no es para tanto —dijo Rita—. En realidad, todo puede explicarse. Subestimamos la capacidad del cerebro de los mamíferos para recuperarse de lo que llaman «muerte cerebral». Posiblemente en esos instantes finales se produce un aumento inusitado de la actividad neuronal, cuando al cerebro apenas le llega oxígeno. Está estudiado. Todo está estudiado. Todo se explica. Y lo que no se explica no es de este mundo. Pero tal vez se explique algún día.

La Hermana replicó:

—Saliste de tu cuerpo, viste lo que ocurría en otra parte, ¿también explicas eso?

—Todo se explicará algún día —insistió Rita—, pero ese día no ha llegado. —Nunca traicionaría el materialismo dialéctico de su padre—. Y si no lo explica la biología lo explicará la física. Dentro de unos años, este debate carecerá de sentido.

—¿Y no puedes concebir un mundo en que las cosas no se expliquen?

—Pues no me hago a la idea, la verdad.

Entonces la Hermana dijo que le gustaría vivir en un mundo lleno de cosas inexplicables porque cuando todo pudiera explicarse ya no habría ninguna pregunta sin respuesta, con lo que a ella le gustaban los interrogantes, dijo. «Yo no necesito que me expliquen, nada desearía más que llegar a un estado de conciencia como el que tú conociste, aquella experiencia asombrosa, aquella paz, aquella sensación de ser luz... ¿Quién no quiere ser luz?».

—Yo no quiero ser luz —dijo Rita—. Yo quiero que me dejen en paz, que me garanticen que

no hay otra vida, quiero descansar para siempre en Garòs. Con vistas, eso sí.

—¿Y para qué quieres las vistas? —dijo el Nene.

—Me gusta pensar que podré ver las montañas, eso es todo.

—Te creía más escéptica —dijo el Cuñado.

—Lo soy, por eso dudo —dijo Rita—. No como tú, que piensas que la ciencia sabrá cómo sacarte de la criogenización. A lo mejor podrá, pero a lo mejor no. Dudo, luego existo. Cartesianismo puro, como dice mi hermana.

—Ya no vamos a criogenizarnos —dijo el Cuñado—. La idea de criogenizarnos ha quedado completamente descartada.

—Mejor, nos ahorramos una pasta —dijo la Hermana.

—Ahora solo me importa el Propósito para el año que llega.

—¡Me muero por saberlo! —dijo Palmira.

—Después del capón —sentenció el Cuñado.

Rita retiró la sopera y la fuente de carne y verduras. Aunque estaba casi vacía, el hueco permanecía visible. Antes de tirar los restos a la basura, fijó en la retina el hueco central. Ahora limpio y vacío, sin un solo garbanzo, dejaba al descubierto la porcelana blanca de una fuente que tenía, como poco, más años que ella. Sería la imagen, predijo, que se llevaría de la última Nochebuena en el Valle.

CAPÍTULO 5

—¿Todos vamos a querer pollo, más o menos? —dijo el Cuñado. Excepto Palmira, todos parecían desganados—. ¿Muslo o pechuga? —Blandía el cuchillo con una energía temible.

—Yo, un poco de cada —dijo Palmira. Se excusó—: No sabría escoger, ¡nunca he sabido escoger entre muslo y pechuga!

—¿Nunca? —sonrió el Cuñado—. ¿Qué significa «nunca» para alguien que ha cumplido noventa y nueve años, Palmira? ¿Te refieres a los últimos veinte? ¿A los últimos setenta? ¿A toda una vida?

—¿Noventa y nueve? —exclamó el Nene.

—Siempre hemos hablado de celebrar tus cien años cuando llegue el momento. Y va a ser pronto. ¡El próximo dos de julio, la vamos a armar! —dijo la Hermana.

Palmira sonrió en silencio. Desde que había cumplido los noventa, no había año que no hablaran de la futura celebración. Invariablemente, Palmira les interrumpía para decir: «Espero no tener que llegar a los cien». «¡De ninguna manera quisiera llegar a esa edad!». Pero ahora cambió de tema y miró hacia el pasado:

—¿Qué arte para cortar las articulaciones! ¡Qué precisión! —dijo—. ¡Trincha como el Señor!

—Alzaba la vista hacia el Cuñado con una devoción sosegada que contradecía la apasionada expresión verbal: «¡Cómo los echo de menos, a vuestra madre y al Señor!». Por razones que a Rita se le escapaban, Palmira daba por hecho que el Cuñado era un digno sucesor de su padre. «¡Qué tiempos maravillosos aquellos!», repetía, aunque su gesto denotaba que el presente la hacía igualmente feliz. «Añoraría esos tiempos si aún tuviera fuerzas para añorar... Pero ya no», dijo. Suspiró y atacó una pechuga. Contra su costumbre, el Cuñado se sirvió una ración generosa de capón. Rita observó en ese instante que tampoco había llevado a cabo el ritual de los suplementos.

—¿Has dejado la dietética? —preguntó.

—Creo haber insinuado antes que me encuentro en el inicio de un cambio estructural importante que os detallaré enseguida —dijo.

—No te imaginas cómo es capaz de cambiar cuando se lo propone: siempre sabe cómo hacer que las cosas vayan mejor —dijo la Hermana.

—¡Pero si nunca le han ido mal! —dijo Palmira.

—Es igual: si algo va bien, él sabe cómo mejorarlo. No para. —El Nene, que se había levantado presumiblemente para ir al baño, dirigió a su padre una mirada seca y, al pasar frente al piano, improvisó un acorde chirriante y letal que presagiaba el inicio de la pelea paterno-filial de Nochebuena. Rita se preguntó de nuevo si sería mejor colocar la noticia de su proyecto durante el pollo, con el fin de que el Cuñado no anulara su voluntad como así había sido en años anteriores, o bien esperar hasta el final de la cena, aun con el peligro de que el alcohol le anulara

la capacidad de argumentar con fluidez. Introdujo la mano en el bolso y de nuevo acarició el papel. Se dispuso a iniciar un prólogo para preparar el terreno, para suavizar un poco la decisión que estaba a punto de comunicar.

—Siempre me he preguntado por qué papá decidió comprar una casa aquí, tan lejos...
En aquellos tiempos, eran cinco horas de trayecto desde Barcelona. O más.

Visiblemente consternada, Palmira dijo:

—Si el Señor no lo hubiera hecho, ¡nunca os habría conocido!

—A mí me encanta que esté lejos —dijo el Cuñado—. Ayuda a desconectar. Por otro lado, siempre me ha gustado conducir. Por lo menos hasta ahora —añadió.

—Y luego están las emociones... —dijo la Hermana—. Aquí siempre era todo más emocionante. ¿Recordáis cuando no sabíamos qué iba a ocurrir con la carretera? ¿Si estaría cortada o no? Ah, esta querida carretera que bordea el río...

—Sí —dijo el Cuñado—. La hemos conocido cortada, nevada, helada, escarchada, ardiente bajo el sol, enterrada bajo un alud, reluciente de rocío al amanecer, iluminada por los faros en las negras noches, inundada de lluvia, enmascarada por la niebla, desierta y llena de excursionistas que desfilan hacia Colomers en agosto... La hemos conocido sin asfaltar y asfaltada...



Sin pretenderlo, Rita había iniciado un camino sembrado de imágenes evocadoras que, en años anteriores, el Cuñado hubiera cortado sin miramiento alguno. Pero la nueva sangre poética que lo animaba hizo temer a Rita una resistencia mayor de lo imaginado.

—A mí también me gusta venir —dijo el Pequeño—. Y volver a irme. A mí lo que gusta es el viaje.

—Y, sin embargo —insistió Rita—, está lejos. — Albergaba aún la esperanza de que otro diera el primer paso.

—Bueno... Es que el Señor la encontró por casualidad —dijo Palmira—. Por un amigo con quien venía a pescar. Y después se enamoró de la casa y no le importó que estuviera tan lejos de Barcelona.

La Hermana añadió:

—Se conoce que había estado mirando un par de casas en un pueblo de los alrededores, pero dijo: «Esto dentro de cuatro días se llenará de pijos y de turistas». Y entonces encontró esta ruina para reformar y dijo: «Aquí no nos molestará nadie». Y mamá enseguida se apuntó. Siempre estaban de acuerdo. Papá decía: «Lo que más me gusta de esto es que podrían ser los Alpes o los Apeninos o los Cárpatos... Si no fuera por el cataplasma de Vicente, que cada día viene a hablar de política, ni sabría dónde estoy. ¡Qué alegría, no saber dónde estoy! —El padre de las hermanas llamaba cataplasmas a quienes, cuando veraneaban cerca, aparecían por casa con el pretexto de aliviar su soledad y llamaba quebrantahuevos a los locales que aparecían sin avisar—. Y las amigas nos decían, «Pero donde vais está cerca de Baqueira, ¿no?», y nosotras ni idea, qué fuerte, ni siquiera sabíamos que teníamos pistas cerca...

—Conseguíamos un aislamiento casi impenetrable, de no ser por los quebrantahuevos o los cataplasmas —prosiguió Rita, dejándose también arrastrar por el torrente de los buenos recuerdos—. Un mundo mágico del que casi nunca salíamos. Un lugar sin nombre, porque nunca decíamos el nombre, nos limitábamos a decir que íbamos a la montaña, o al valle... Creo que no subí a una pista hasta unos años antes del accidente... No sabía decir a los amigos adónde iba... «A la montaña...». Sí, me gustaba pensar que este paisaje no tenía nombre...

—El Señor ponía cuidado en no frecuentar ciertos lugares... «No tengo la menor intención de mezclarme con los pijos de Barcelona ni tampoco con los turistas», decía.

Los pijos eran los que venían de Lérida, Barcelona o Madrid, y básicamente el padre los reconocía por el uniforme y los accesorios. Los turistas venían de otras provincias y, cada vez más, de otros países, y a menudo se compraban una casa adosada en una comunidad de vecinos que les permitiera reproducir la misma vida social que llevaban en la ciudad. O bien se hospedaban en hoteles nuevos o recientemente reformados. Los que se hospedaban en hoteles viejos y no reformados no eran, para él, turistas, eran «veraneantes», que él dividía entre milhombres madrileños y los petulantes del llano. Decía «el llano» en un tono de superioridad imponente, especialmente cuando sus ojos lo abrazaban desde cierta altura. Decía «un petulante del llano» como si todo en el llano estuviera condenado a aspirar a cierto relieve que siempre le sería negado. Los amigos de Barcelona aparecían muy de vez en cuando (normalmente por sorpresa, porque todos estaban enterados de que él iba a la montaña a desconectar y preferían evitarle un anuncio que pudiera resultarle fatal), se dividían en abusones y pelmas. Joaquín era pelma porque siempre que llegaba decía «¡Demasiado tiempo sin vernos!», y al padre siempre le parecía que era demasiado poco. Bové era un abusón porque cuando se iba decía: «Pues a lo mejor me quedo otra noche», aunque al final nunca se quedaba, y solo lo decía para responder a la insistencia de la madre, siempre acogedora. También lo decía porque le divertía impacientar a su amigo, a quien conocía bien, y, sin embargo, quería. Entonces, cuando se iban los intrusos, el padre exclamaba: «¡Por fin solo!», aunque en realidad nunca estaba solo en aquella casa. «Jamás vendáis esta casa», decía, con los ojos humedecidos por la emoción. Y luego decía: «Un día de estos quiero vender la casa. Aquí ya solo quedan petulantes del llano y agrimensores». Los agrimensores eran, para él, los que no sabían ver el paisaje más que en función de los metros cuadrados edificables y propiciaban que el Valle se convirtiera en un horror que solo servía para que vinieran más milhombres madrileños y más petulantes del llano. Los novios de la Hermana

eran también clasificados en especies y subespecies. Mientras que a Rita nunca se le habría ocurrido presentar al esquiador ni a ningún otro novio a su padre, la Hermana, en cambio, los traía a casa en cuanto los conocía. «Tu hermana siempre tropieza o con pencos o con juventones, no existe para ella una tercera categoría. (Los primeros eran gandules que estorbaban, los segundos, adultos que parecían adolescentes). La montaña le disparaba la verbosidad y las ansias clasificatorias y diagnósticas propias de su profesión. «Tú, en cambio, siempre has sabido elegir», le decía el padre, lejos de sospechar que Rita siempre tropezaba o con tarambanas o con aguafiestas y nunca se movía de ese par de alternativas a no ser que pudiera combinarlas en un mismo hombre.

—Papá era implacable —suspiró la Hermana.

—Pero nunca me reí tanto con nadie como con él —dijo Rita.

—Pero era implacable —repitió la Hermana.

—¡A mí el yayo me caía genial! —dijo el Nene.

—A mí también —dijo el Cuñado.

—Le caía bien a todo el mundo —dijo la Hermana.

—¡Menuda expresión! —exclamó Palmira, como ofendida—. El Señor no caía ni bien ni mal, lo suyo no era andar por ahí cayendo...

—En cualquier caso, caer bien no lo es todo —dijo Rita—. Y es cierto que nos reímos mucho con él... Pero estoy convencida de que si hubiera tenido tiempo para buscar un refugio en la zona más despoblada de Siberia lo habría hecho, solo por imponernos un trayecto más largo en Navidad. Ah, el largo trayecto del amor navideño... —Trató de volver al tema del largo viaje y su incomodidad, pero nadie parecía contemplar la posibilidad de librarse de él.

—En fin —dijo la Hermana—. El caso es que aquí estamos cada año, y es estupendo, ¿no?

Tampoco el Nene quería abrir los ojos a nuevas posibilidades:

—Yo siempre vengo con muchas ganas, aunque principalmente por dos cosas: por la pelota y por el piano.

—¡Pero nunca tocas lo que te pedimos! —protestó la Hermana.

—Este mismo piano puedes tocarlo en Barcelona —dijo Rita—. Te lo puedes llevar cuando quieras: siempre será tuyo.

Ya había distribuido mentalmente algunos objetos valiosos de la casa. Pero el Nene dijo:

—¡Oh, no! Nunca sonaría en ninguna parte como aquí. No sé si es por estas paredes de piedra o por el silencio penetrante de la montaña, o incluso podría influir la altitud... Pero estoy seguro de que en ninguna parte sonaría como en esta casa.

Un verano, el padre mandó traer de Barcelona el piano que tenía su mujer en casa. «Hay que tocar a Bach», sentenció. «Yo no toco desde que tenía veinte años», dijo la madre. «Aquí tenemos mucho tiempo libre. Alguien tocará, quizá yo mismo pueda aprender. Bach es el Maestro y en esta casa lo necesitamos», dijo. Pero cuando llegó el piano, quedó claro que no era él quien tenía intención de aprender música y que su intención era que lo tocara otro, en especial su mujer, a quien reprochaba que veía demasiadas películas y que vivía en los años cuarenta y cincuenta. En el fondo todos sabían que la llegada del piano respondía a una fechoría que el padre había cometido unos días antes, y por la cual era incapaz de pedir disculpas (jamás se

disculpó ni una sola vez por nada).

La Hermana tenía un novio que cada tarde aparecía por casa a amenizarla con la guitarra. El padre lo llamaba «el Cantautor». «Llévate por ahí al Cantautor, que el campo es sano», decía cuando veía a su hija esperándole en el salón. Aquel mes de agosto andaba traduciendo un manual sobre procedimientos de anestesia; comenzaba el trabajo sobre las seis, cuando el sol ya declinaba, y esa era también la hora de llegada del novio. «Adónde quieres que vayamos si ya hace frío. Además, está oscureciendo», decía la hija, que siempre animaba a los novios a instalarse en casa. Y una tarde, el padre irrumpió en la sala, cogió la guitarra y la lanzó al fuego. El Cantautor la recogió de las llamas de un zarpazo, pero se fue para no regresar, dejando a la Hermana desconsolada para el resto de las vacaciones. Era muy difícil traer a casa un novio que le gustara al padre. Ingenuas, habían pensado que bastaría con respetar la consigna básica: «Cualquiera me sirve menos un agrimensor», había dicho siempre, en su obsesión contra los edificios que proliferaban en el Valle. Pero a la hora de la verdad, tampoco le gustaban ni los Pencos ni los Juventones, ni tampoco los Cantautores.

—¡Reconozco que a veces era cruel! —se rio Rita—. ¡Pero qué buenos momentos nos dio en la vida! Y también para el recuerdo... —Finalmente, la Hermana también rio y reconoció que, por injusto que fuera para el Cantautor, sentía una gratitud inmensa por el acto vandálico que había truncado aquel amor de juventud, porque, gracias al arrebato del padre, había conocido al Cuñado. Como de costumbre, el Padre no se disculpó, pero pocos días después de haber lanzado la guitarra al fuego, dijo:

—Necesitamos un piano. Hay que tocar a Bach.

—¡Pero no hace falta piano! —dijo la madre—. Bach tiene piezas estupendas para laúd. Y un laúd no es tan aparatoso... —Dijo «laúd» porque, perezosa por naturaleza, temía la presencia del piano, no quería sentirse obligada a volverlo a tocar. Y también dijo «laúd» para no mencionar la guitarra, que también servía para tocar dichas piezas, pero cuya mención habría despertado sin duda en el padre el recuerdo culpable de la ofensa perpetrada contra el Cantautor. Dijo «laúd», pero de nada sirvió.

—Necesitamos un piano. Podemos traernos el de casa. En Barcelona llevas años sin tocarlo, está allí criando polvo. Aquí tenemos mucho tiempo libre. Que vaya el afinador y que lo traigan.

Pocos días más tarde, llegó el piano. Le rogó a su mujer que refrescara el Bach que había aprendido de joven, pero a diferencia del Cuñado, que siempre conseguía lo que pedía, el Padre nunca lo lograba, menos aún cuando se lo pedía a su mujer o a sus hijas. De modo que tuvo que conformarse con lo que a ella le gustaba, que era acompañar canciones que su marido calificaba de «infantiles» o «blandengues». «Por lo menos el piano es un instrumento noble, no como la guitarra», aseguraba él, aunque en realidad nunca se había interesado por la música porque lo que más amaba por encima de todo era el silencio. Las mujeres de la casa sospecharon que solo había ordenado traer el piano para sustituir la guitarra de la discordia, eligiendo de paso un instrumento que no pudiera lanzar al fuego en uno de sus arrebatos. Ahora, «en el colmo de la injusticia», pensó Rita, el Nene lo llamaba «el piano del yayo» y, Palmira, «el piano del Señor».

—¡El Señor tuvo una idea fenomenal! —dijo Palmira—. De no ser por este piano, quizá nunca habríamos descubierto que el Nene tiene el Don. Es aquí donde nos dimos cuenta...

—En efecto, todo en la vida del Nene había girado alrededor de la música, también su actual pasión por la composición dodecafónica hundía sus raíces en el piano del yayo. Recordar al Nene cuando, a los diez años, comenzó a mostrar inesperadas aptitudes musicales en aquella misma sala sumió a las hermanas en un silencio densamente poblado de emociones. Palmira lo rompió para dedicar otro conmovido elogio al Señor. El Cuñado asintió con un gesto y añadió, nostálgico:

—Ya no quedan hombres como él. Los habéis castrado a todos.

Rita levantó las cejas. La Hermana dijo:

—A mí no me mires, amor. Yo no he hecho nada.

—Pero ahora, por fin, sabré qué se siente cuando uno está en el lado femenino: el de la comodidad. El del segundo plano, el de la vidorra y la falta de responsabilidades. Ah... Podríais haber sacado tanto provecho de vuestras cualidades *si no os hubierais empeñado en imitarnos...* A los hombres, digo.

—A mí no me mires, amor —repitió la Hermana, que llevaba seis meses de jefa del servicio de hematología en su hospital y, aunque ciertamente se había resistido a aceptar el cargo, al final lo había hecho y ahora trabajaba más horas que un reloj—. Por cierto, ¿por qué dices que ahora sabré qué se siente? ¿De qué hablas? ¿Es tu nuevo propósito?

Todos callaron, porque cuando el Cuñado hablaba o estaba a punto de hablar, se hacía el silencio, mientras que cuando hablaban o iban a hablar las Hermanas todo eran interrupciones, cuchicheos y falta de atención generalizada. Rita temió que el discurso del Cuñado fuera tan extenso que la dejara incapacitada para liberarse del peso que la oprimía y, casi sin pensar, dijo:

—He de deciros algo importante. Será un minuto.

—¡Oye, que tu tía va a deciros algo! —dijo la Hermana, apartando un auricular de la oreja del Pequeño.

—¿No es mejor después del postre? —respondió la criatura.

—No hay postre —dijo la Hermana.

—Pues después de los regalos.

—¿Qué regalos? —preguntó Palmira.

Rita no estaba hecha para abrirse paso a machetazos por la selva de los diálogos abruptos y troceados, y en lugar de imponerse, se desinfló. El Cuñado aprovechó la circunstancia para atrapar de nuevo el turno de palabra.

—Si me permites un segundo —dijo—. Seré breve: Mi Sugerencia para la próxima Navidad es... no hablar de los muertos. El próximo año, ¡nada de muertos!

Nadie se opuso a la idea, Rita tampoco, de hecho, no hablar de los Muertos reforzaba aún más su inquebrantable decisión de acabar de una vez por todas con aquella cena.

—Perfecto —dijo el Cuñado—. El año que viene, nada de muertos.

—Y ahora, ¡el Propósito! —exclamó Palmira, alborozada como una niña.

—Tía Rita quería hacer un discurso... —interrumpió el Pequeño.

—A tu tía no le importará que la adelante. Si me permites, Rita, esta vez también seré breve. Aunque no tan breve.

Rita se afanaba en abrir una botella de cava que se le resistía. Pensó que, al fin y al cabo,

mejor era hablar al final, que a todos les quedara un sabor agridulce y a la vez entrañable de la velada, que no hubiera tiempo para cambiar de opinión ni para chantajes emocionales antes de la despedida.

—Habla, Cuñado —dijo—. Yo puedo esperar.

CAPÍTULO 6

Ardía en los ojos del Cuñado un fuego expansivo y rejuvenecedor. Rita ya se había dado cuenta de ello a la llegada y ahora pasaron por su mente imágenes del Cuñado con algo más de veinte años. Lo conoció cuando estudiaba (tenían amigos comunes) y, por descontado, no la dejó indiferente. Por entonces el futuro Cuñado poseía el irresistible atractivo de los egocéntricos tocados por el carisma y, al mismo tiempo, se lo veía eternamente insatisfecho; como atravesado por contradicciones aparentemente irresolubles, daba la impresión de que en cualquier instante podía disolver su poderosa personalidad e inventar una nueva. En esa etapa trabajaba, por encima de todo y con dedicación exhaustiva, en la metafísica kantiana y solo en ella porque, decía, nadie como Kant ha denunciado la parte dogmática y vana de las especulaciones anteriores, decía también muchas otras cosas que nadie entendía salvo los que trabajaban con él en *La Inmanente*, la revista semiclandestina para la cual, además de escribir artículos muy trabajados, conseguía valiosas colaboraciones. Rita estaba convencida de la vocación metafísica del Cuñado y, más concretamente, estaba convencida de que lo que deseaba era llegar a ser un metafísico maldito: ser un poeta maldito le parecía demasiado sencillo, la metafísica requería un espíritu de abstracción más riguroso y el Cuñado siempre prefirió las empresas difíciles porque nunca abandonaba la esperanza de que se le resistieran, aunque a Rita le parecía algo desconcertante que para su aspiración al *malditismo* no hubiera elegido a otros filósofos más acostumbrados a bregar con la desmesura.

Tenía el futuro Cuñado la teoría de que solo los malditos pueden aspirar a un amor puro y auténtico (lo había argumentado en diversas ocasiones, era de los que piensan que un amor que no puede argumentarse no es siquiera digno de ser nombrado). Y parecía que eso era lo que deseaba por encima de todo: ser amado. Pero no a cualquier precio, no de cualquier manera: deseaba ser amado con admiración y con fervor. Con la pasión que suscitan los adorables, con la compasión que provocan los vulnerables. Ser querido sin medida, despertar ternura con su fragilidad y adhesión con su inteligencia. Arruinarse si era preciso, en el más amplio sentido de la palabra. Quería, por encima de todo, resultar conmovedor. Inspirar emociones desgarradoras, de alto nivel, como lo hacían todos los referentes de quien él por entonces estaba enamorado: todos ellos tenían vocación de perdedores. Todos ellos poseían gracia, encanto, una inocencia inquietante, una sensibilidad extrema, una inteligencia original, ternura, humor. Y una característica común: uno o muchos talentos que no habían querido o podido desarrollar o que no habían querido o sabido aprovechar. También él quería malograr el talento, pero no sabía cuál de ellos, tenía más talentos de los que podía desarrollar y eso le complicaba la vida, le costaba elegir y mantener después su elección. Tal vez era este uno de los motivos que le impedían culminar su vocación de perdedor: no podía (o no sabía) evitar el éxito. Estaba condenado a él. Y a medida que cumplía años y perdía pureza, el Cuñado aparecía menos conmovedor, menos vulnerable,

menos gracioso y, por ende, menos atractivo a ojos de mucha gente, en especial a ojos de la gente que a él le gustaba gustar.

—La gente odia a los triunfadores —decía a menudo.

Y temía el triunfo porque en su cabeza equivalía a dejar de ser amado, admirado y objeto de enamoramiento. Y pese a todo, no conseguía impedir que las cosas le salieran redondas. La metafísica le había parecido una materia adecuada para futuros perdedores, una materia que casi nadie entendía y a casi nadie le interesaba. Se había sumergido en ella en cuerpo y alma, no leía más que a los grandes metafísicos ni parecía interesarle ningún otro tema. En un momento dado se centró en Kant y abandonó toda la metafísica anterior y posterior. Fue entonces cuando fundó *La inmanente* (él, que todo lo trascendía), y se ganó el respeto incondicional de los expertos. A menudo, Rita se veía obligada a defenderlo ante los ataques de su padre, y lo hacía con gusto:



—Al novio de tu hermana no le cojo el punto: no es un penco, no es un juventón, no es un cantautor ni tampoco un agrimensor, pero no consigo catalogarlo. Me preocupa y me enerva —decía. No poder clasificar a quien se aproximaba a la familia lo desesperaba más que ninguna otra cosa.

—Te desconcierta porque siempre has sido un materialista y a él, en cambio, lo único que le interesa es elevar el espíritu. Pero eso tiene cierto encanto —le decía Rita.

—El encanto no he podido evaluarlo todavía, pero ¿de qué van a vivir, si no hace otra cosa que elevar el espíritu en un mundo donde el espíritu cae cada vez más bajo? —Trabaja en Kant, el filósofo de *la razón pura* —decía Rita, y ya por entonces en su boca la palabra «razón» adquiría un aura majestuosa y venerable.

—¡Ja! En el mundo actual el espíritu no abunda, pero lo que es la razón pura, esa ni se la ve ni se la espera... ¿De verdad crees que el mundo de ahora es razonable?

—Nunca lo ha sido. Pero eso no tiene nada que ver. Él no tiene por qué seguir como un borrego el ritmo del mundo.

—Yo lo que digo es que no puedes vivir al margen... Si no estás sincronizado con el ritmo del mundo, estás jodido.

—A lo mejor es lo que quiere, papá. Tú tampoco estas sincronizado, papá.

—Yo no cuento. Yo ya he cumplido. Ahora ya no necesito sincronizarme.

—La revista es muy prometedora... —decía Rita.

—Ya me gustaría leerla. Se la he pedido y siempre me da largas...

—Tampoco la entenderías. Además, la mantiene en secreto. Solo para sus amigos.

Era cierto y eran los amigos quienes la habían sometido, sin decírselo al futuro Cuñado, al escrutinio de especialistas que la evaluaron con grandes elogios.

—¡En secreto! ¡Lo que me faltaba por oír!

—Pues eso. Ya he intentado explicártelo otras veces. Le importa un bledo el éxito, le importa un bledo la posteridad: solo le interesa elevar el espíritu y expandir el talento metafísico de quienes comparten su misma inquietud, no sé si es tu caso.

—No quiero que tu hermana tenga que mantenerlo, eso es todo. —Se sentaba en la butaca, resoplaba ostentosamente y abría el periódico. Luego, lo dejaba de nuevo y decía—: ¿De qué van a vivir? De la metafísica no se come.

Pero ocurrió algo insólito, el tipo de acontecimientos que el Cuñado solía atraer incluso a su pesar. Un amigo le presentó a un individuo que se hacía llamar «Feltri» por la admiración que profesaba a Feltrinelli, con quien no tenía en común más que una fortuna exorbitante y una simpatía ambigua por el combate clandestino que pocos años antes había provocado la violenta muerte del editor. Estaba dispuesto a cualquier cosa para entrar en lo que él consideraba el glamuroso mundo de la edición. En primer lugar, le ofreció al futuro Cuñado una cantidad de dinero razonable por la revista, pero el Cuñado no quiso vender, dijo que a él solo le interesaba elevar el espíritu como aficionado, no como profesional, y como resultado de su obstinada negativa, Feltri elevó la oferta varias veces hasta que el Cuñado no pudo (o no quiso) rechazarla. «Me da pena, porque en sus manos la revista no durará ni un año», dijo el Cuñado, «pero cuando me ha dicho la cifra no podía creerlo... De pronto el proyecto ha dejado de tener sentido para

mí... Ahora la revista ya no me interesa, está contaminada por la suciedad del dinero y ya no me ilusiona continuar...». En efecto, en manos del caprichoso comprador, que ni tan siquiera consiguió una pequeña colaboración del Cuñado porque de repente había perdido todo interés por la metafísica, la revista no llegó a cumplir un año. El Cuñado vagabundó unos días perdido en oscuros pensamientos (se sentía traicionado por la metafísica, que él jamás habría imaginado objeto de codicia mercantil, y posiblemente se dio cuenta por primera vez de que su sueño se le resistiría siempre, que tarde o temprano acabaría sincronizado con lo que su suegro llamaba «el ritmo del mundo», que no era otra cosa que el ritmo del mercado.

A pesar del desánimo, el Cuñado tenía una gran capacidad para reinventarse y un día dijo: «No es tan grave. Ahora podré dedicarme al siguiente proyecto». Aquel mes de diciembre, en la cena de Nochebuena de cada año, y en presencia de la familia de su novia, anunció su propósito para el año siguiente: consagrarse a las matemáticas.

—No es lo ideal —dijo el padre, que pensaba en una ingeniería—, pero las matemáticas siempre sirven para algo.

El padre tenía razón, y aunque durante los estudios el Cuñado se interesó sobre todo por la matemática especulativa (a ojos del suegro, la más inútil), la evolución de su carrera, y quizá también la Hermana, que le apremiaba para formar una familia y tener «como mínimo dos hijos», acabaría dándole un empujón definitivo hacia el mundo de la empresa. Se cumplía así la regla de que cada vez que el Cuñado se hallaba inmerso en un proyecto desinteresado y consagrado al amor al arte, la ciencia o la filosofía, aparecía alguien que le tentaba o, como él decía, lo desanimaba, y a través de múltiples itinerarios se fue alejando del ideal primero, el de llegar a ser un caballero sabio, investido de autoridad moral, dotado de virtudes como la clase, la sabiduría y la delicadeza, y se fue convirtiendo en un arquetipo de lo contrario: el ideal del hombre de empresa hecho a sí mismo. «Me estoy convirtiendo en un *self made man* a la americana», reconocía el Cuñado con una cara de asco que desconcertaba a sus interlocutores de confianzas. «Pero eso no es malo, amor», decía la Hermana. Todo esto ocurría cuando aún eran jóvenes, cuando él se quejaba de su fortuna como si se tratara de una tara genética que no tenía más remedio que soportar. Ahora habían pasado cuarenta años. Rita, fiel a su teoría según la cual todos obtenemos en la vida lo que queremos aun pensando que queríamos otra cosa, creía que a estas alturas el Cuñado estaba satisfecho con su fortuna y con un éxito financiero y profesional que no dejaba de crecer. Año tras año, había anunciado en aquella misma mesa grandes planes que siempre prosperaban. Pero en aquel momento, las antiguas vidas del Cuñado pasaron por la cabeza de Rita como un relámpago, como una intuición súbita de lo que iba a suceder, todo ello mientras él se levantaba de la silla con inusitada y solemne lentitud. La solemnidad se estropeó cuando, ya de pie, se tambaleó ligeramente y se agarró con fuerza a la mesa, haciendo temer al resto de los comensales que el mantel fuera arrastrado con todo lo que había encima.

—¿Has bebido, amor? —dijo la Hermana.

—Un poco, sí. Un chupito de nada —lo dijo en un tono también nuevo.

—Como nunca bebe... —dijo la Hermana a Palmira. El Cuñado miró uno a uno a los comensales, se centró, inspiró sonoramente, empezó a hablar.

—Como sabéis, llevo años anunciando, en esta misma cena, un propósito para el año

siguiente. Y cierto es que siempre llega a buen puerto, me guste o no, pero esa es otra historia. La cosa es que un propósito, cuando lo haces público, compromete. Más aún si lo hago en familia, entre gente a la que quiero de verdad.

—Sí, amor, aprovecha ahora que aún quedamos algunos —musitó la Hermana.

El Cuñado bebió un nuevo trago como para enjuagar el molesto comentario de su mujer y continuó: —Siempre me habéis dado suerte. El destino me ha concedido todos los deseos que he formulado aquí, desde los proyectos de empresa hasta los más personales, como el del año que decidí empezar a cuidarme para llegar a ser lo más longevo posible.

—¿El del año pasado también? —preguntó Palmira—. ¿Aquello de los puertos de Panamá?

—Sí, Palmira. Mal me está decirlo, pero lo de Panamá, como tú lo llamas, se ha materializado con una solidez colosal. No hay un solo propósito expresado en esta mesa que no se haya materializado.

—Y eso te pasa desde el principio, amor. Que el primer propósito que anunciaste aquí fue el de la revista, ¿recuerdas? —El Nene mostró interés por este punto; le preguntó a su tía y esta le resumió en tres frases la singular trayectoria de *La Inmanente*.

—El caso es que siempre me habéis dado suerte —dijo.

—No nos lo agradezcas, nosotros no pintamos nada en esto, siempre has sido un hombre con suerte y ya te pasaba antes de conocernos —dijo Rita.

—Sí, no negaré que siempre he tenido eso que la gente de la calle llama «suerte».

—Y talento, amor. Y talento —dijo la Hermana.

—¿Recordáis el primer verano que vino? —dijo Palmira—. Con aquellas pintas... Iba siempre en pantuflas y con los pelos alborotados...

—Siempre leyendo aquel... ¿cómo era, Lampedusa? Se sabía *El gatopardo* de memoria...

—Y las *Memorias del subsuelo* —dijo Rita—. Pero vaya, eso era antes de Kant. Era encantador... —suspiró la Hermana y, como redescubriendo un recuerdo totalmente borrado, se dirigió a su hijo—: Tu padre ha cambiado mucho, pero entonces, cuando tenía tu edad, era un ser misterioso, con mucha vida interior... Ah, y un gran lector de los clásicos. Ahora, no. Ahora lee demasiado y de todo un poco.

—¿En serio, papá, tenías vida interior? —dijo el Nene, cada vez más excitado por la sorpresa.

—Confieso que me gustaba pensar que no iba a hacer nada más en la vida que cultivar el espíritu, con el fin de poder escribir al final una obra maestra y secretísima, póstuma como *El gatopardo* y subterránea como las *Memorias*... —suspiró con nostalgia—. Pero nada.

—¿Nada? —dijo el Nene—. ¿Por qué?

—No lo sé. No seguí por aquel camino... La venta de *La Inmanente* marcó un punto de inflexión en mi vida. No he hecho más que pensar en ello todos estos años...

En este punto Rita se preguntó si andaba equivocada con él. ¿Era posible que el Cuñado no se hubiera adaptado tan bien como ella sospechaba a la vida dorada que llevaba desde hacía casi cuarenta años? ¿Era posible que, en el fondo, siempre hubiera albergado la nostalgia del solitario esfuerzo intelectual?

—Fue un error aceptar aquella oferta... —prosiguió—. Y, sin embargo,... No me arrepiento.

Puedo tolerar vivir con los errores del pasado. Puedo tolerar que mi mujer dejara de estar enamorada de mí desde el día que vendí *La Inmanente* y dejé de cultivar el espíritu. Puedo...

—¡Qué dices, amor! —le interrumpió la Hermana.

El Cuñado calló, dejando en el aire un silencio que durante unos segundos hizo el ambiente más espeso y más oscuro. Luego, retomó la frase:

—Puedo tolerar también que solo me haya ganado el respeto de los sumisos y, en cambio, no haya conseguido el de los insumisos... Pero lo que no puedo tolerar bajo ningún concepto es no gustarme a mí mismo. Me he dejado arrastrar sin voluntad ni disciplina hacia un tipo de éxito que me ha despellejado el alma y adormecido la sensibilidad... ¡No me gusto! —exclamó, con amargura en la mirada. Para rebajar la tensión que aquella confesión había provocado, Rita habló en un tono amable y jocoso en dirección al Nene:

—Ya de muy joven, tu padre tenía que esforzarse más que los demás para fracasar. Mientras a los demás nos bastaba con no dar golpe para suspender, tu padre, que tampoco daba golpe, sacaba un sobresaliente tras otro.

—¿En serio, papá? ¿En serio no dabas ni chapa?

—No lo puedo negar. Incluso cuando después de estudiar empecé a trabajar, nunca me costó ningún esfuerzo... Me divertía, me gustaba... Y con la empresa, qué os voy a contar... Siempre he sido puntilloso con el cumplimiento de la ley, dentro de lo que se puede ser en estos negocios, claro... Y aun estando dentro de la ley, todo me ha salido siempre a pedir de boca. No puedo decir que no haya currado, pero lo único que he tenido que hacer ha sido especular, jugar y divertirme... Como un ludópata. Vamos, a mi nuevo modo de ver, un personaje perfectamente prescindible en la sociedad...

—No hay personas prescindibles, amor —dijo la Hermana—. Hay maneras distintas de ganarse la vida, nada más.

—No. El proyecto de Panamá me ha dado mucho que pensar... Aposté tan fuerte que era casi un suicidio. Teníamos competidores imbatibles. Vosotras no entendéis de eso y no os disteis cuenta de que era una quimera... No dejaba de pensar que lo más probable era que todo se fuera a la mierda en lugar de tenerlo que enviar yo mismo... Pero la buena estrella me persigue y el dedo de la fortuna me señaló. Y, bueno, este año he seguido adelante porque no podía abandonar a otros que dependían del proyecto... Pero se acabó. No tengo más remedio que enderezar yo mismo el timón, no puedo contar con el azar. Nunca tuve fuerza de voluntad, así que voy a tener que esforzarme, y me va a costar... Pero en el fondo siempre he sabido que un día u otro iba a tener que hacerlo... Volver a ser el que un día quise ser... —Escogía las palabras, visiblemente embargado por una emoción sincera—. Este momento ha llegado.

Nueva pausa y nuevo sorbo de vino.

—No te entiendo —dijo la Hermana, que ya no disimulaba su creciente irritación—. ¿Estás diciendo que vas a volver a la metafísica?

—¡No, no! No pienso volver a nada, no deseo marcarme ningún objetivo. Los objetivos me estresan y por su culpa he llevado un simulacro de vida durante tantos años. Lo que quiero es improvisar. Tumbarme a la bartola, contemplar el cielo, vivir sin pena, pero, sobre todo, vivir sin gloria... Y, por supuesto, desocupar la mente. Cuando logre consolidar esta etapa con éxito, es

decir, sin éxito, quizá entonces podré volver a pensar por mi cuenta...

—O sea, ¿quieres jubilarte? —preguntó la Hermana, esforzándose por traducir las palabras del Cuñado a un lenguaje que para ella tuviera sentido.

—No. Tengo sesenta y tres años, me siento joven. No considero que tenga edad de jubilarme. «Jubilarse» es otro concepto.

—Entiendo que te haya quedado la pesadumbre de no haber podido fracasar. Pero ese momento pasó, perdiste la oportunidad —dijo la Hermana.

—¿Pero quiere fracasar en algo en concreto o fracasar en general? —preguntó Palmira en voz baja.

—¿Ves? Palmira tampoco entiende nada. Porque, a ver si me aclaro, lo que en realidad quieres es vivir de las rentas, ¿es eso?

—No, no. Sigues utilizando el lenguaje del mercado, el lenguaje del puto capitalismo. Lo que quiero es desprenderme de todo. O de casi todo. Dedicarme en cuerpo y alma a experimentar la Pérdida, a contemplar la belleza en estado bruto, a saborear la delicuescente desnudez de la decepción... No deseo perder un segundo en ninguna otra actividad. Nunca he sabido qué se siente en ese estado, no quiero morir sin saberlo. Y tal vez... eventualmente... Podría recuperar alguno de los encantos que perdí en el pasado... —dijo, coqueto.

—No es tan fácil... —dijo la Hermana—. Es gracioso quien puede, no quien quiere.

—Imaginé que pondrías pegas... Pero no hay vuelta atrás. Como todos los propósitos que he anunciado en esta mesa, saldrá adelante. Tengo los papeles listos, lo hablé con Eduardo antes de venir... En enero, dejo todos los cargos de la empresa. Y también renuncio al resto. El resto es para ti.

—¿El resto? ¿Qué resto? —dijo la Hermana—. El resto solo son deudas. Hipotecas. Problemas. Aún peor: capital invertido. Acciones que suben y bajan, no quiero saber nada de cosas que van de arriba abajo y de abajo arriba sin previo aviso, eso es cosa tuya.

—Nunca me has apoyado en mi camino a la renuncia —dijo en tono dolido.

—Ni pienso hacerlo —dijo la Hermana—. Yo quiero que los chicos acaben los estudios y que un día puedan criogenizarse si les apetece. Yo siempre he tenido los pies en el suelo. Cuando tienes hijos es lo que hay, ¡pies firmes en el suelo! Y el suelo, pues bueno, es lo que es: está pegado a la tierra, no es el cielo, no es la magia, no es el sueño. El puto suelo es, nunca mejor dicho, *rastrero* y amigo de todo lo que reptar. Y tú lo sabes mejor que nadie, que en lugar de elevar el espíritu te dedicaste a...

—¡Puto capitalismo! —exclamó el Cuñado en un tono ronco e imponente a la vez—. ¿Quién quiso empezar a tener hijos, eh? ¿Quién?

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Tienes razón, papá —dijo el Nene—. Yo siempre he dicho que no quiero hijos... Los hijos son tóxicos, una trampa del capitalismo como no hay dos, estoy contigo, papá. Por mí, guay.

La discusión se estaba volviendo áspera. En vista del creciente estado nervioso de su hermana, Rita dijo:

—Mejor lo habláis con calma otro día.

—No, ¡lo hablamos ahora! —dijo la Hermana—. Quiero saber qué pintamos nosotros en

todo esto. Sabes perfectamente que nunca he estado sedienta de dinero, gano lo suficiente como para no depender de ti para nada, así que no pienso ser ningún obstáculo para tu... proyecto. Pero no toleraré que arrastres a los chicos a semejante majadería.

El Nene se levantó y exclamó:

—Yo estoy contigo, papá. ¡A muerte!

—Tú calla, Nene —dijo la Hermana. No eres el único perjudicado, tu hermano tiene que seguir estudiando y le queda mucho. —Hizo un esfuerzo por calmarse—: A ver, amor: hace nada pediste presupuesto para criogenizarnos los cuatro y así no tener que regresar el día de mañana y encontrarte solo... ¿te acuerdas? Te dije que era absurdo pagarle el funeral al Pequeño cuando apenas ha empezado el instituto... ¡Y ahora me vienes con esto!

—No pasará nada con los estudios del Pequeño, no pierdas el tiempo hablando de detalles materiales que puedo solventar en un santiamén, ¡puto capitalismo! Yo solo me quedaré un capitalito pequeñín para poder perderlo, a ver si lo consigo de una puta vez. —Clavó la mirada en las llamas vigorosas de la chimenea y se llenó de nuevo el vaso, ahora hasta el borde—. O tal vez quemarlo en una chimenea como esta... Y, después, ser libre. Guardar cuatro duros, eso sí, pero sin perder esa sensación de... fragilidad. En fin, llevar una vida frugal... —Al decir esto, los ojos del Cuñado abandonaron las llamas y se pasearon por las paredes de la casa como si fuera presa de una revelación—. En una casa austera y vieja como esta... Sin lujos, sin leds, sin calefacción, sin vaporetta... El piano tampoco me hace falta. Sí, este sería mi lugar soñado. — Rita entró en estado de alarma.

—Aquí siempre serías un turista —dijo—. De hecho, siempre lo hemos sido. Hace más de cincuenta años que tenemos esta casa y siempre hemos sido turistas, así que no te hagas ilusiones.

—¡El Señor se esforzó mucho en no ser turista! —protestó Palmira.

—¡Yo también me esforzaré! —dijo el Cuñado—. En la soledad de esta casa, el resto no existirá para mí.

—¡Esta casa! Creo que en primer lugar deberías preguntarle a Rita si quiere venderla, ¿no crees? —dijo la Hermana. El Cuñado miró a Rita.

—Sé que nunca querrás renunciar a ella —dijo—. Pero si fuera mía... Ah, si esta casa fuera mía... Hundir en ella las raíces, contemplar cómo se deteriora a lo largo de los años al mismo tiempo que me deterioro yo... No hacer ni una reforma, solo alguna chapuza para ir tirando... Que todo adquiriera la pátina de los objetos viejos, el encanto de los cajones que se atrancan, de las puertas que chirrían... Salir con la pala para abrirse paso entre la nieve, enfrentarse a las cañerías heladas, tener tal vez algo de ganado, unas vacas, o aunque sea solo una cabra, siempre con la emoción de que el oso reintroducido pueda atacarlas... Una vida con riesgos auténticos, no con riesgos virtuales ni con riesgos financieros... Una vida real... ¡Lejos del puto mundo, lejos del puto mundo irreal!

—¡Bah! —dijo la Hermana—. Compras esta casa y, con tu mala buena suerte, seguro que dentro de cuatro días habrá triplicado el valor y no podrás resistirte a venderla, porque, en el fondo, ¡nunca has tenido voluntad!

—Es verdad —dijo Rita—. Tu marido es una extraña combinación de talento y de suerte.

—Venga ya, dejad de atacarme. Es una decisión inapelable. Si no es esta casa será otra muy parecida, cerca de aquí...

—Pues conmigo no cuentas —insistió la Hermana—. Yo como mucho vendré a la cena de Nochebuena.

—Por si no ha quedado claro —dijo Rita—, os digo que no tengo ni la menor intención de vender la casa.

—Oye, Rita, tranquila —dijo el Cuñado—. No te he pedido nada, ¿eh? Solo he formulado un sueño... Un sueño y nada más. Aunque no sé... ¿Crees que por aquí cerca podría encontrar...?

La Hermana lo interrumpió secamente:

—En la ribera del Aiguamòg hace tiempo que no dejan construir...

—Sé que es un paraje protegido, lo sé... —dijo el Cuñado—. Pero siempre hay alguna solución... Yo a partir de ahora necesitaré muy poco. Sería feliz incluso con una pequeña caravana aquí, en el jardín...

—No tengo la menor intención de alquilar el jardín —replicó Rita—. Dicho esto, ya sabes que siempre seréis bienvenidos a esta casa.

—De acuerdo —se resignó el Cuñado—. No hablaremos más de esto. Yo, por mi parte, ya os he comunicado mi Propósito.

—Tengo una curiosidad —dijo Rita—. ¿Por qué precisamente ahora?

—Quizá el Señor le ha servido de inspiración... —comentó Palmira—. Los designios del Señor son inescrutables.

El Cuñado dijo:

—¿El Señor? No creo... Pero quién sabe... Enigmas, desapariciones, presentimientos... Yo tengo un presentimiento clavado aquí. —Se señaló la sien como si fuera a pegarse un tiro—. Sospecho que vienen tiempos muy duros. De hecho, no lo digo yo, lo he leído... Nos espera una hecatombe... climática, sísmica, astronómica, pandémica, una o más... Y presiento que será pronto.

—¿Quién dice eso? —preguntó Palmira.

—Artículos que pronostican el Gran Colapso, libros, estudios, informes oficiales que los gobiernos deberían leer... Pero ya nadie lee, ¡ni siquiera los gobiernos! Mejor. Que se hunda todo será la única manera.

—¿La única manera de qué? —preguntó Rita.

—De hundir este sistema podrido y frágil. ¡Y yo con él! Porque, que quede claro: no quiero ser la rata que se salva, solo pido hundirme en soledad, sin otras ratas alrededor.

—Conmigo no cuentas —repitió la Hermana.

—Entendido. Pero déjame brindar —dijo, levantando el vaso rebosante de vino—. Brindo por una nueva vida donde solo necesitaré cuatro cosas básicas... —Inspiró profundamente y, con cada bocanada, parecía más joven—. Brindo por una frugalidad de pan y vino. Más vino que pan, dicho sea de paso. ¡Tengo que recuperar lo que no me he bebido durante años de dieta! —Se bebió el vaso de un trago sin esperar a nadie y concluyó—: No sé dónde voy a instalarme ni con quién. Pero estoy seguro de que si algo va a salvarse de la vida actual es este encuentro navideño.

La Hermana se refugió en la cocina y empezó a preparar cafés. Desde el comedor, Palmira le

pidió un carajillo de ron. El Nene se sentó al piano. Rita destapó una nueva botella de cava. Un escalofrío le recorrió el cuerpo al imaginarse al Cuñado ocupando la casa como propietario o, peor aún, instalado en una caravana en el jardín, obstinado en conservar la tradición de la Cena (la Hermana acudiría, ya lo había dejado claro y, por consiguiente, seguiría pidiendo la colaboración de Rita), Rita acudiendo a ejercer de anfitriona en una casa reformada (o deformada) por el Cuñado convertido en eremita o trasmutado en rata que se hunde... No podía imaginar un plan peor. Por muy poco, había esquivado el peligro: si hubiera anunciado antes la venta de la casa, ¿qué pretexto habría podido inventar para no venderla precisamente a alguien de su familia? Había dejado hablar antes al Cuñado y se felicitaba por ello: gracias a este hecho providencial, la sagrada rutina que cada noviembre soñaba con exterminar seguiría siendo la misma en lugar de, por ejemplo, empeorar.

CAPÍTULO 7

En la mesa reinaba el silencio, solo interrumpido por fragmentos de *El martillo*. Una versión muy personal que el Nene había compuesto de *El martillo sin amo* parecía proceder de un mundo siniestro y expectante que olfateaba anticipadamente el apocalipsis.

—¿Podrías tocar algo reconocible? —dijo el Cuñado.

El Nene atacó una parodia de *White Christmas* y la Hermana acusó al Cuñado de socavar la devoción del hijo por la música dodecafónica con sus comentarios malévolos. El Cuñado dijo que era ella quien boicoteaba esa devoción, la prueba era que seguía diciendo «música dodecafónica» cuando el Nene les había dejado claro que lo suyo era serialismo integral puro y duro. La Hermana se acercó a Palmira:

—Con esta pieza ganó el Concurso Revelación —le explicó—. Es una interpretación para piano de la última parte de *El martillo sin...*

—¡Y ni siquiera mi padre la reconoce! —interrumpió el Nene. Dejó *White Christmas* a medias y retomó su particular composición.

—Lo siento, hijo —se disculpó el Cuñado—. Es una música que no logro retener en la memoria... Has de admitir que es hermética, para iniciados... Y, como no soy un iniciado, pues para mí es solo una sucesión de estímulos sonoros...

—Te he dicho mil veces que detrás hay una técnica rigurosísima —intervino la Hermana, ofendida.

—No lo niego ni dudo de que tenga mérito —dijo el Cuñado—. Pero para mí es una técnica de tortura.

—Debes admitir que, como tortura, es inteligente, glacial y refinada —dijo el Nene. El Cuñado pareció detenerse a considerar las palabras del hijo. Palmira se atrevió a confesar que prefería *White Christmas* y, sobre todo, *El desembre congelat*, pero que *El martillo* también le estaba gustando mucho, al tiempo que la desasosegaba de una manera muy atractiva.

—Gracias, Palmira —dijo el Nene—. Pero no os esforcéis por animarme. Si queráis hacerlo, llegáis tarde. —Retiró bruscamente las manos del piano y dijo—: ¡Esto se acabó!

—¿Tú también? —dijo la Hermana—. ¿Qué es lo que se acabó?

—Se acabó contar series, se acabó tocar solo para oídos privilegiados, se acabó pedir a los oyentes un esfuerzo que no les apetece, estoy cansado de ver la cara de la gente que finge entender... Papá tiene razón, es una música para iniciados y siempre me ha costado aceptarlo. Ya basta. Estoy harto de ver, cuando miro hacia el público, la cara estupefacta de los profanos.

—¡Los profanos profanan! —exclamó el Cuñado.

—Lo hacemos sin darnos cuenta... —dijo Rita—. Pero no deberías dejarte profanar tan fácilmente.

—Da igual, no quiero ver más esos caretos de profano en los conciertos. Estoy harto de

sentirme incomprendido. ¡Voy a desvincularme del serialismo integral!

—Eres muy joven para quejarte de la incompreensión —dijo Rita—. Deberías aguantar, me parece terrible que a tu edad quieras que se te entienda... ¡Tienes la edad de experimentar, tienes la edad de la vanguardia!

—Me la pela la vanguardia, estoy harto de la Disonancia, ya le he dedicado demasiados años. ¡Voy a volver a la Tonalidad!

—Palmira se acercó a la Hermana y le susurró al oído:

—Pero ¿no estaba tan feliz cuando ganó el premio Revelación?

—Sí, Palmira —dijo la Hermana—. Pero ya no. Ahora ya está *revelado*. Él es así. Ahora ya está, y eso es precisamente lo que le mata el deseo: ya no necesita más, ha perdido las ganas. Ya no le atrae seducir a los iniciados, ahora quiere seducir a las masas populares, como nosotros. Vamos, eso es lo que supongo... Ahora irá hacia otro destino. ¿Hacia dónde? Ni idea. Quizá vuelva a la trompeta. O al vibráfono... Es imprevisible. Pero yo le apoyo, ¡siempre! —exclamó como para ella misma. Y, en voz alta—: Siempre podrás contar conmigo, Nene. Hagas lo que hagas, a mí me gusta. Sé que te escucharé y me gustará.

—No has entendido nada, mamá.

—Aunque no te entienda, ¡te escucho!

Pero el Nene no la escuchaba, aquella noche estaba descubriendo al Padre.

—Eh, papá... Me ha parecido curioso lo de *La Inmanente*... ¿De verdad estabas interesado en la metafísica?

—Eso es agua pasada —dijo él—. Nunca me interesa nada de lo que ya me ha interesado antes. Únicamente me interesan los propósitos, los proyectos y los planes.

—¡Pero si te has propuesto no hacer más planes! —dijo la Hermana.

—Por eso mismo, este Propósito para 2020 es especial, más grandioso que los anteriores: es el Propósito Definitivo.

—He estado pensando... mientras hablabas... Y quiero decirte que puedes contar conmigo, papá —dijo el Nene—. Lo de naufragar me interesa, no quiero que me dejes a un lado, quiero formar parte de este proyecto...

Dejó de tocar y se dirigió a la cocina. Regresó con la botella de ron y la puso sobre el piano, junto a una fila de cuatro vasos vacíos en los que Rita no se había fijado hasta entonces. Uno tras otro, los llenó. Vacío el primero de dos tragos. Entre trago y trago, le dijo a su padre que aquella noche estaba entendiendo muchas cosas. Sin duda la desaparición de la pelota había creado un clima propicio, dijo, como una especie de señal. Pero el discurso del Cuñado había sido para él una revelación. Apurado el vaso, con voz firme y decidida, dijo:

—Yo también quiero anunciar mi Propósito. Si a papá le habéis dado suerte, a mí también me la vais a dar. En primer lugar, como he dicho, quiero volver a la Tonalidad. A la melodía. A la armonía. Al sentimiento. A la sensación. —Se sentó de nuevo en la banqueta y entonó una canción de Sammy Davis que acompañó con los acordes correspondientes. Los ojos de Palmira se iluminaron. Dijo:

—Ooh, ooh. Esto sí me gusta...

El Nene abandonó la melodía y habló de nuevo:

—Lo tenía delante de las narices y no lo veía.

—No te entiendo —dijo la Hermana.

—Yo sí —dijo el Cuñado, entre perplejo y animado—. Te escucho, hijo.

—Vale. —El Nene dio un largo sorbo al segundo vaso de ron y se levantó de nuevo—: Pero antes, os confesaré mi triste historia con las sustancias.

—¿Las sustancias?

—Se refiere a las sustancias psicotrópicas y estupefacientes —puntualizó Rita.

La Hermana dijo:

—¡Bah! Si nunca ha tomado nada. Vamos, si hubiera tomado algo, lo sabría. Beber, quizá. Pero tomar algo, no creo.

—Es justo al revés, mamá. Pensando que el alcohol era demasiado convencional, demasiado dentro de la tradición, por llamarla de algún modo, melódica, nunca he bebido. Nunca me gustó, lo sabéis perfectamente. —Todos asintieron, corroborando su habitual sobriedad. Encadenaba progresiones pentatónicas mientras seguía hablando—. En cambio, lo que no sabéis es que nunca me he negado a probar otras cosas, en fin, todo lo que me han ofrecido aquí y allá... Y os aseguro que es mucho. La keta, la coca, las anfetetas, la niebla morada, el polvo de ángel, el peyote, varios tipos de pegamento...

—No te creo —le interrumpió la Hermana—. Me habría dado cuenta.

El Cuñado parecía interesado.

—¿Y qué tal? —dijo.

Ahora el Nene improvisó unos acordes de *Sympathy for the devil* y el Cuñado los reconoció. Dijo que, precisamente, su Propósito para alguno de los años futuros, tal vez 2022 o 2023 (en caso de que el apocalipsis pronosticado no cuajara), era llegar a cantar un día con dignidad, pues siempre había querido ser Mick Jagger, dijo, aunque últimamente prefería ser Keith Richards.

—Keith Richards ha dejado la bebida —puntualizó Rita.

—A los setenta y cinco es fácil —dijo la Hermana.

—Pues yo estoy haciendo justo lo contrario —replicó el Cuñado—. Cuarenta años de sobriedad y casi llegué a crearme que *aquello* era la felicidad... ¡Qué error!

—¿Y por qué querías cantar precisamente esta? —quiso saber el Nene.

—Antes de la vida sobria yo era un buen lector de Baudelaire, ah, sí, cuando era joven... —dijo el Cuñado, soñador—. Y de Bulgákov, ya ves...

La devoción del Nene no dejaba de aumentar:

—Entonces, ¡lo sabes! ¡Sabías que la novela de Bulgákov inspiró a Jagger la canción! Lo sabías... Me sorprendes, papá —exclamó.

—¿Y ahora te enteras? —dijo la Hermana—. ¿En serio que nunca te diste cuenta de su capacidad para sorprender?

—Deja hablar al Nene —dijo el Cuñado.

—¡Si nunca lo has escuchado!

—¡Pero ahora, sí, mamá! Ahora me escucha. Y eso es lo que me emociona. Por fin me escucha. Tú, en cambio, siempre me has escuchado. Pero él... Él es la primera vez que lo hace. ¡La primera vez! —La Hermana parecía a punto de romper a llorar.

—Mamá, no te lo tomes así —dijo él.

—No pasa nada. —Se secó el lagrimal—. Es culpa de la Navidad... Sigue. Sigue contando lo de tus experimentos.

El Nene movió la cabeza de derecha a izquierda y dijo:

—No hay mucho que contar de mi desgraciada historia con las adicciones... Porque esa es precisamente la cuestión: lo he probado casi todo y jamás he conseguido colocarme. Nada me afecta, no llego al punto. Los colegas que frecuento lo consiguen siempre... Yo, nunca. Todas las personas que me atraen son capaces de potenciar la sensibilidad con las sustancias. Todos viajan. Yo, nada: varado como una ballena en una playa. Mi organismo se mantiene imperturbable, rechaza todo lo que le doy como si fuera un impermeable bajo la lluvia... Por eso dejé la trompeta, entendí que nunca tendría un alma negra, me refiero a negra del Bronx... Quién sabe si eso me llevó a la asepsia del serialismo integral... A menudo pensaba, «¡Hostia, esto es la puta herencia de papá!». Siempre tan sobrio, con sus dietas y sus proyectos que no paraban de avanzar y culminar... Y siempre tan moderado con las sustancias, bebiendo una copa ridícula de vez en cuando, un cigarrillo ocasional... Todo con esa actitud timorata y pusilánime que da ganas de vomitar... Sí, papá, pensaba que era tu puta herencia, creía que no había heredado la capacidad de emborracharse de las mujeres de la familia... Pero hoy he descubierto que no.

—A mí no me reclames —dijo el Cuñado—. Nadie puede responsabilizarme de haber heredado nada de mí, ya que no hay nada estable en mi identidad... ¡Nunca soy el que era!

Rita apagó el cigarrillo. Miró fijamente a su sobrino. Sonrió.

—Diría que tienes las adicciones idealizadas. —Hizo una pausa y aplastó de nuevo la colilla, que se resistía a apagarse, y añadió—: Criatura.

—¡No y no! —dijo el Nene—. Soy consciente de que la adicción resta años de vida, pero a cambio te da algo mucho más grandioso si sabes llevar el asunto. No diré que sea el caso general ni mucho menos, se necesita una madera especial... Pero a veces, la adicción suma vida, y entonces, el resultado es una vida extendida hasta límites que los pobres mortales no podéis siquiera imaginar... En fin, volviendo a lo mío: es lamentable pero así es. Siempre acabo siendo el único sobrio. Y me muero de vergüenza.

—En cualquier caso —dijo Rita—, eso que te pasa es muy raro. ¿Estás seguro de haberlo probado todo? Es decir, ¿seguro que te has esforzado lo suficiente?

—Si se hubiera esforzado, yo me habría dado cuenta —insistió la Hermana—. Y por cierto, ¿puedes explicarme cómo afecta eso a tu carrera musical?

—No entiendes nada, mamá. ¿Veis como no entiende nada?

—Ya lo ha explicado —dijo el Cuñado, dirigiéndose a su mujer—. El serialismo integral no le ayuda a conseguir el punto de embriaguez que desea. O los puntos.

—Exacto. Gracias, papá, por entenderme. Se trata justamente de esto. En la Disonancia me he sentido muy solo... No es que mi devoción por Pierre haya disminuido —el Nene siempre llamaba a sus maestros por el nombre de pila—, de hecho, él me enseñó a rebelarme contra la disciplina, como él mismo se rebeló contra Messiaen, sí... Pero ya me callo, no quiero aburrirlos ni ver vuestras caras de profanos mirándome con fingida atención... El caso es que a pesar de mi amor a Pierre, vuelvo a la Tonalidad, vuelvo al hogar. Vuelvo a la música con minúsculas y a la

Vida con mayúsculas.

—La vida no se vive con mayúsculas ni con minúsculas. Sencillamente, se vive. ¿No es así, Palmira? —dijo la Hermana.

—Sí. —Palmira se levantó, caminó con soltura hacia el piano, cogió la botella de ron y la depositó sobre la mesa para prepararse un carajillo sin café.

El Cuñado dijo:

—Ah... Siempre he pensado que los rusos tienen razón con su hostilidad hacia el serialismo. Por fin has entendido que Shostakóvich tenía sus razones cuando decía que el dogma dodecafónico mata la imaginación del compositor, ¿a que sí? Lo has descubierto al fin...

—¿Papá? ¡Papá! Hoy no dejas de sorprenderme... ¿En serio conoces la polémica de los rusos contra los serialistas? ¡Papá! —Parecía al borde del llanto—. Yo pensaba que protestabas contra mi música por ignorancia, como un vulgar anticulturalista sin argumentos... ¡Oh, papá!

—Y si quieres, puedo hablarte de Messiaen, y del encuentro con Webern, y de la complicidad de tu maestro Pierre con Shaeffner, el etnomusicólogo... Te convendría leer la correspondencia entre los dos... ¿Lo has hecho?

—¡Papá! ¿En serio has leído la correspondencia de Boulez con Shaeffner? ¡No me lo puedo creer! Hostia, hoy me he dado cuenta de que me entiendes, lo noto... Y por lo tanto, entenderás que rompo con el serialismo con gran pesar... ¡Joder!, pensaba que hablaba al vacío pero no era así... Tú estabas aquí, papá. ¡Tú estás aquí y me comprendes!

—Más de lo que crees y menos de lo que quisieras —dijo el Cuñado. Ahora se había puesto de nuevo a teclear rítmicamente sobre la mesa—. Dicho esto, celebro tu cambio de trayectoria, como celebro todos los cambios, ya sabes que no soy amante de las trayectorias continuas.

—Oye, ¿y qué vas a hacer con el Don?—dijo Palmira—. Los dones no deben malgastarse...

—¡No irás a dedicarte a la música pop! —soltó bruscamente la Hermana.

—El Señor te ha dado un gran talento —prosiguió Palmira—. Y cuando el Señor te entrega un talento, tu obligación es multiplicarlo. —Esbozó una sonrisa de monja contrariada y se llevó la taza a los labios.

—No me siento obligado a multiplicar nada —dijo el Nene—. El talento es mío y quiero hacerlo decrecer. Además —dijo con cierta tristeza—, nunca llegaré a la cima, otros lo han hecho mejor. «Cuando sabemos que existe el mejor, hemos de renunciar», escribió Thomas. Y no os preocupéis por mí, no dejo la música, ni tampoco me dedicaré a la música pop, pero me paso a una música más comprensible para los profanos... Una música íntimamente vinculada a la bebida pero mucho más armónica, una música callejera pero digna, probablemente errática y noctámbula... Ah, y mestiza, no hace falta que sea negra integral pero tampoco serialista, en fin, tal vez empiece por volver a la música popular de los años cuarenta o cincuenta... Ya se verá... No es fácil volver a la Tonalidad de golpe y porrazo, después de todos estos años.

—¿Lo dices en serio? —exclamó Palmira, la mirada viva e ilusionada—. ¿Significa eso que por fin nos tocarás lo que te pedimos?

—¡Claro que sí, Palmira!... —dijo él.

—¿Y desde cuando llevas tramando esto? Porque yo no me trago que se te haya ocurrido esta noche... —dijo la Hermana.

—Empezó este verano, mamá. Pero ha sido ahora, gracias a papá, cuando lo he visto claro.

—¿En verano? ¡Sabía que Donatella tenía algo que ver con eso!

—Donatella... —dijo Palmira—. ¿Esa chica tan mona del verano pasado?

—Sí —dijo la Hermana.

—¿Ya no sales con ella? —preguntó Palmira.

—Hemos roto —dijo el Nene.

—Lástima. Me gustaba —dijo Palmira.

—Y a mí —dijo la Hermana.

—Te he oído, mamá. No pienso volver con ella. No me valoraba. Yo quiero que me valoren, no que me quieran. Aunque la verdad, he de agradecerle que también me abrió los ojos. Hizo sonar unos acordes y todos reconocieron la canción que en verano cantaba Donatella, pero solo Palmira se sabía la música y la letra: *¡Te vas!/ Y como los perros de caza/ rastrean su presa/ ¡yo corro detrás!* El Pequeño se apartó un auricular, sorprendido.

—Sí —dijo el Nene—. Decididamente, quiero ser un músico de la calle, un perro sin amo. —Comenzaba a parecer ligeramente ebrio—. Donatella me hizo ver que había en mí una potente vena autodestructiva. «Lo que ocurre es que nunca la has desarrollado porque tienes un miedo que te cagas» —me dijo—. Nunca me he sentido más humillado en mi vida.

—¡Me lo imaginaba!... —dijo la Hermana dirigiéndose a Rita—: A mí me encantaba la chica, pero la verdad es que lo empujaba hacia abajo...

—O hacia arriba —dijo el Cuñado—. Era guapota, ¿eh? Vaya, interesante —puntualizó.

—Sí... Pero quería que naufragáramos juntos y yo me resistí... No consiguió lo que quería y perdió el interés... Y yo no me complico la vida a no ser que ellas pongan mucho interés... En fin, el caso es que Donatella me hizo ver que la sustancia que llevaba tiempo buscando la tenía delante de las narices y embotellada. Ahora me doy cuenta de que con el alcohol puedes llegar tan lejos como seas capaz de llegar... Solo que no le había dado caña suficiente, eso es todo. Por eso, cuando papá ha dicho lo del pan y el vino... he pensado que quizá nos entenderíamos, ¿verdad, papá?

—Quién sabe... —dijo el Cuñado, soñador—. A mí me parece bien lo de dar un giro... Ahora que estás a tiempo.

—Si fuerais al psicólogo esas cosas no os pasarían —dijo la Hermana—. Le contaríais todo esto y podríamos tener una cena normal, hablar de política, de fútbol, de operaciones de estética, comer postres y hacernos regalos como las familias normales. Os lo digo siempre: «Si queréis, os pido cita», pero como nunca me escuchan... En fin, no quiero oír nada más. —Se levantó, aparentemente decidida a irse a la cama.

—¡Un segundo, mamá, que ya acabo! —Ella se volvió a sentar—. Os he contado todo esto para que entendáis que, a partir de ahora, cuando me veáis trompa, que será, si todo va bien, cada día, no quiero que os inquietéis: pensad que ha sido una decisión libre y muy muy madurada. —Se sentó de nuevo en la banqueta.

Palmira preguntó:

—Pero tocarás Dean Martin para mí en este piano, ¿no?

—Más que nunca —dijo.

—¿Y *El desembre congelat*?

—Para ti, lo que haga falta.

—¿Y para mí? —dijo Rita.

—Por descontado.

—Pues no sé qué puedo decirte. Lo tienes todo muy claro.

—No tienes que decir nada, tía Rita. Simplemente, gracias a todos por escucharme.

Efectuó una graciosa inclinación con la cabeza y se encaminó hacia la mesa para apresar la botella de ron que Palmira se había apropiado. Minutos más tarde la ebriedad del ambiente comenzaba a resultar irrespirablemente entrañable. El Cuñado tenía los ojos llenos de lágrimas:

—Somos almas gemelas, hijo... —decía, con la mirada húmeda y perdida—. Tantos años sin saberlo... Tú también quieres desaparecer a tu manera... Deseas una vida intensa y breve, perfecto. Pero no te distraigas. ¡Aprovecha el tiempo! Has escogido un buen momento y no te arrepentirás. Los tiempos difíciles están a punto de llegar, lo presiento... No podemos seguir así: necesitamos decrecer, desaprender, desescalar, volver a plantar patatas... Hacer una gran limpieza. Y, si es necesario, sucumbir. Hemos criado monstruos —dijo, atravesando al Pequeño con la mirada, pero el Pequeño ni lo veía ni lo escuchaba—. Ahora bien, dentro de cuatro días, si no es el año que viene será el otro, todo se irá al carajo. Bien sabéis que siempre he sido un optimista, pero ya no. Os acordaréis de lo que digo: será un colapso gigante... Quizá solo sea el inicio del fin... Pero a mí me pillaré lejos de todo. Estaré plantando patatas y, si quieres acompañarme, hijo, serás bienvenido.

—¿De verdad, papá?

—Pero, eso sí, que cada cual plante sus propias patatas, porque si no, ¡vuelve a empezar todo, puto capitalismo! Cada cual con sus patatas: ni intermediarios, ni holgazanes, ni esclavos. Ah, y si necesitas invertir una fortuna en Glenfiddich o en Ron de la Martinica —señaló la botella de Clément que Palmira tenía junto a la taza—, conmigo no cuentes, yo estoy por decrecer con austeridad. Me he pasado al vinacho.

—¡Oh, papá, cuenta conmigo para lo que sea! —Hacía mucho que nadie veía al Nene tan ilusionado. Tampoco tan ebrio. Sus ojos irradiaban una excitación plena y vital que los contagiaba a todos excepto a la Hermana—. Una vida sosegada solos los dos, únicamente música, naturaleza, lectura... Y de vez en cuando una buena conversación. Cada tarde pillaremos una buena cogorza y comentaremos lo que hemos leído.

—No. Yo, nada de lectura: también voy a dejar de leer. Abandono la cultura y también la lectura. He leído demasiado a lo largo de mi vida y con demasiada voracidad. Me compré un libro el mes pasado para dejar de leer, *Desintoxicarse de la lectura*, de Baldur Huffman, ¿lo conoces? Pero no me lo voy a leer. Solo sembraremos y plantaremos patatas y cantaremos canciones de Bing Crosby. —Dicho esto, apoyó la cabeza sobre la mesa y se durmió.

—Dios mío... —dijo la Hermana mientras recogía uno a uno los granos de azúcar que habían caído sobre el mantel a su alrededor. Aparentemente, esto la serenaba. Repetía, ahora con cierta resignación—: Este es el futuro que me espera, un marido en una caravana y un hijo alcohólico.

—Tranquila —dijo Rita—. Tu marido saldrá adelante aunque no quiera. Apuesto a que vende ahora todas las acciones al alza y, oye, lo mismo a principios de año hay un colapso del

copón y a él le pilla plantando patatas, con sus propias patatas y un capitalito para ir tirando, que es lo mejor que puede pasarte en caso de colapso global.

La Hermana se encogió de hombros. El Cuñado, como si quisiera resistirse a los efectos narcóticos del vino, levantaba de vez en cuando la cabeza y murmuraba frases que ya no lograba articular. El Nene tecleaba al piano melodías perfectamente reconocibles de películas de los años cincuenta. Rita calculaba cuánto tiempo hacía que no era tan feliz. Se levantó de pronto de un salto y exclamó/cantó:

—*Mama will bark?*

Y el Nene, oh, milagro, la reconoció de inmediato: «Vuelvo a los orígenes», gritaba, eufórico, no en vano se había pasado los veranos escuchando, mientras hacía deberes o ganduleaba en el sofá, decenas de películas de esa época que su abuela veía ininterrumpidamente en un vídeo, ahora una reliquia que permanecía en un mueble junto a la chimenea criando polvo. Con el timbre exacto de un joven Sinatra, el Nene expulsó la contagiosa nube de aflicción que su madre había expandido y llenó la sala de una alegría ligera, como de comedia musical.

—Tía Rita, ¡esos aullidos son mejores que los de Dagmar! —Y Rita aullaba como Dagmar acompañando a Sinatra. Se levantó la falda, aulló de nuevo, enloqueció de alegría. Movía el cuerpo en todas direcciones y tras unas cuantas series de movimientos dislocados guiñó el ojo de manera consecutiva al sobrino, al Cuñado y a Palmira, que no dejaba de repetir— ¡Nada es comparable a la música!

Rita asintió, siguió bailando y un rato después se sentó, exhausta, despeinada y con la mirada radiante. Conmovida y eufórica a la vez. La Hermana, excluida de la salvaje demostración de alegría, derramaba ahora lágrimas lentas, casi imperceptibles para los presentes. Rita imploró al Nene que tocara por última vez su versión de *El martillo* en un intento de cortar la efusión melancólica de su hermana, pero el Nene, atento a los ruegos de Palmira, que solicitaba villancicos sin fin, no escuchaba. El Pequeño se levantó de repente y dijo que subía a acostarse. Besó mecánicamente a cada uno de los presentes y se esfumó. Palmira le dijo a la Hermana: «Tienes dos hijos preciosos... Uno pertenece al pasado, otro al futuro». Y añadió, compungida: «¡No sabría cuál escoger!», como si alguien la obligara a hacerlo. Rita callaba, embargada por una felicidad exultante. Abrió la boca para pedirle al Nene *True Love*, pensando que eso animaría a la Hermana a cantar (tenía una voz magnífica su hermana, y cantar era una apuesta segura para hacerla reaccionar), pero de nuevo Palmira se le adelantó y pidió otro villancico y, después, otros más, porque, dijo, no sabía cuál escoger. La Hermana dejó de derramar lágrimas lentas y se levantó para decir:

—Es tarde, Palmira. Es mejor que te quedes a dormir.

Pero Palmira era tozuda y amenazó con que, si les daba pereza acompañarla, ella se marchaba andando, como cuando era joven, al fin y al cabo el trayecto hasta el hotel no llegaba a medio kilómetro. La Hermana dijo «Nos hemos vuelto locos o qué», en un tono áspero que despertó al Cuñado. Con una pronunciación difícilmente inteligible, el Cuñado preguntó por la Pelota.

—¿De verdad, de verdad... tendré que acostarme sin saber qué ha sido de ella? Es que no soporto los misterios que se quedan sin resol... —Intentó acabar la frase pero se encalló.

—¿Resolver? —completó la Hermana—. No, no sabremos el final.

—El final es cuando algo acaba —dijo Rita, cantando. Y fue retirando vasos y copas y botellas de la mesa. El Nene fue a buscar las llaves del coche y Palmira intentó apuntalar al Cuñado, que caminaba a su lado empeñado en acompañarlos. Rita acabó de limpiar la mesa mientras oía cómo padre e hijo reían con complicidad y cómo, después de varios intentos, conseguían arrancar el motor. Cuando entró en la cocina vio a su hermana hablando con la nevera abierta. En silencio, cerró la puerta, y tomándola suavemente por el brazo la condujo al sofá. En la chimenea solo quedaban brasas.

—Tranquila —dijo—. Por esta carretera no circula nadie y menos a estas horas. Lo más que puede pasarles es que se caigan al río. —La Hermana suspiró larga y resignadamente y susurró:

—Pronto no nos quedará nadie.

—Siempre nos quedará Palmira. Si se caen al río, ella saldrá ilesa. —Le sonrió y le recordó que aquella noche, contra su costumbre de los últimos años, Palmira no había dicho ni una sola vez «Espero no tener que llegar a los cien».

—No, no me has dejado acabar... —dijo la Hermana—. Quería decir que... que pronto no nos quedará nadie, pero que me importa un pimiento.

—A mí, no —dijo Rita—. A mí, no. Las paredes no bastan. —Se sirvió por primera vez, tras el cava, el culo de la botella de ron que quedaba—. ¿Sabes? Papá leyó una vez que el ron de la Martinica, que elaboraban en destilerías viejas y desvencijadas, era muy superior al de Puerto Rico... No sé si todavía es así. En Puerto Rico no dejaban que las instalaciones envejecieran, todo lo tenían siempre nuevo, limpio y reluciente. El ron de la Martinica, en cambio, se saboreaba al pie de viejas cubas llenas de residuos y de impurezas... Y era meduloso y perfumado... Mientras que, en cambio, el de Puerto Rico era plano, vulgar y grosero. Solo los residuos aportan vida... Ni las antigüedades ni los estrenos... Solo los residuos.



—¿Qué haría yo sin tus teorías?... ¿Y qué haríamos sin la memoria de Palmira? —dijo la Hermana—. Clavó la vista en las vigas de roble, las más altas del techo y, probablemente, las más carcomidas—. No vas a hacer reformas, ¿no? ¿Me prometes que no harás reformas?

—Claro que no. Respetaremos el silencio de los muertos. El silencio de los muertos es... ¡es meduloso! y llena todas las casas. Y al silencio de los muertos le gusta la música. —Tocó suavemente el hombro de su hermana y la obligó a mirar por la ventana, donde no había más que negra noche—. Mira cómo cae la nieve...

—¡Y un rábano! —dijo la Hermana—. Lo dices para contentarme.

—No, no... —dijo Rita, acariciándole el cabello con delicadeza extrema—. Nieva sobre los tejados de pizarra, nieva sobre el estanque del puente y sobre el campanario del pueblo. Y nieva sobre la tierra del cementerio de Garòs, que un día nos cubrirá a todos. Nieva muy despacio, con

copos gordos y densos que tardan un rato en llegar al suelo...

—No es verdad. Lo dices para alegrarme. —Pero esta vez se levantó y abrió la puerta que daba a la negra noche. No había nieve. Tampoco estrellas. Solo gélida oscuridad. Rita salió con ella. Se sentaron en el porche y se cubrieron con la manta.

«El Nene no ha tocado la canción que le has pedido para mí», dijo la Hermana. «No importa. Podemos cantarla ahora, siempre lo hemos hecho mejor sin acompañamiento... », dijo Rita. «Pues quizá... Pero necesitamos estrellas, ¿no veo estrellas en el cielo! », dijo la Hermana. «No importa», dijo Rita. «Estamos en el barco... Yo con el acordeón y tú con la cabeza reposando en mis rodillas. ¿Oyes el acordeón, Rita?». «Sí», dijo, poniéndose en la piel de Bing Crosby. «¿Te acuerdas bien de la segunda voz, Rita?». «Sí», dijo. «Pues vamos», dijo la Hermana. Alargó la mano hacia el vaso de Rita para dar un sorbo pero lo descubrió vacío. «Se te ha acabado el ron», dijo. «No importa», dijo Rita, moviendo un acordeón imaginario, y siguió cantando. Enmudeció por dentro cuando su hermana superpuso la voz femenina. Entonces dijo: «¿Por qué nunca quisiste enseñar al mundo esta voz tan impresionante?». «Porque me hice médico», dijo la Hermana. «¿Por qué?», preguntó Rita. «Porque te rompiste los huesos», dijo la Hermana. Rita exclamó: «¡Qué día glorioso!». Apuró el inexistente contenido del vaso y siguió con *True Love*. Se oyeron aplausos lejanos. «¡Es papá!», dijo la Hermana, levantando la cabeza del regazo de Rita. Pero no lo era. Eran su marido y su hijo, que por misteriosas razones, estaban regresando a pie. Cómplices y risueños, a unos cincuenta metros de la casa, las hermanas los vieron pararse y retomar el camino varias veces. La Hermana volvió a recostar la cabeza y medio se durmió. Rita le acarició el cabello exactamente como una noche de Navidad de hacía cuarenta años. La Hermana tenía quince años y se había dormido en su regazo. Mientras velaba su sueño, una nieve fresca le cubría las botas con rapidez y Rita experimentó una intensa infelicidad porque comprendió que al día siguiente no podría ir a ver al hombre que la esperaba lejos de allí, que no podría salir por culpa de una nevada que caía con una furia creciente, una furia sorda e insidiosa que le atormentaba el alma. Imposible reproducir siquiera aquel tormento, imposible comprender el motivo de tanta infelicidad: ahora solo deseaba que nevara tanto como para quedarse allí para siempre. Como si hubiera retrocedido en el camino hacia la madurez, no soportaba la idea de que llegara el día siguiente. No quería que aquello acabara. Ni que llegara otro noviembre con sus nuevas noches sin sueño, con sus largas horas de infierno destinadas a entender por qué no se desdecía con una sencilla llamada cuando todavía estaba a tiempo, por qué había vuelto a caer en la trampa, por qué había aceptado organizar, una vez más y por vigésimo año consecutivo, la Cena de Nochebuena en el Valle.

Primera edición: noviembre de 2020
Primera edición digital: noviembre de 2020

Diseño de la colección: Enric Jardí
Imagen de la cubierta: Ignasi Font
Maquetación: Freire SL Disseny editorial

© 2020 Imma Monsó (texto)
© 2020 Ignasi Font (ilustraciones)
© 2020 Catedral (edición)

Dirección editorial: Ester Pujol

Catedral es un sello de Grup Enciclopèdia
Josep Pla, 95
08019 Barcelona

Producción del ePub: booqlab
ISBN: 978-84-18059-39-1

Cualquier tipo de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta al CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [ww.cedro.org](http://www.cedro.org)) para que autorice la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas.